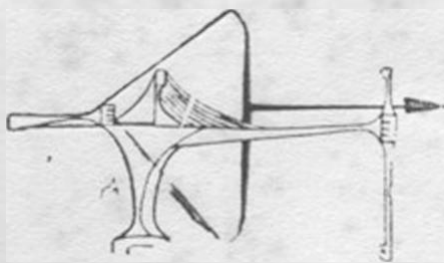


P. Nazario RUANO

O. C. D.

MATRIMONIO



ARQUERO

Ciudad Trujillo, República Dominicana



La Colección "Arquero", quiere recoger las mejores piezas de nuestra vida intelectual. Drama o poema. Ciencia o Filosofía. Técnica o Ensueño. Mística o Teología.

Queremos contribuir, desde nuestras posibilidades, al ensanchamiento de la mejor y más profunda vida dominicana. El imperativo de la hora histórica en que vivimos exige que alcancemos plenitud creadora, ejemplaridad espiritual. Sin vacilaciones hemos de realizar nuestra obra literaria con el mismo gozoso espíritu con que el artesano del Medioevo se dedicó, en cuerpo y alma, a la perfección de su tarea artística. No podemos contentarnos con la obra a medio hacer. Todos debemos sentar plaza de arqueros de lo mejor. Y lo mejor sólo se da por el camino del bien y del orden, de la verdad y la belleza.

LA COLECCION "ARQUERO"
PUBLICARA OBRAS DE:

FLERIDA DE NOLASCO
ARMANDO OSCAR PACHECO
SOCRATES NOLASCO
EMILIO RODRIGUEZ DEMORIZI
AIDA CARTAGENA PORTOLATIN
MANUEL VALLDEPERES
FRANKLIN MIESES BURGOS
RAMON EMILIO JIMENEZ
CESAR A. HERRERA
ANDRES AVELINO
FREDDY GATON ARCE
MANUEL E. SUNCAR CHEVALIER
MANUEL RUEDA
FRANCISCO PRATS RAMIREZ
JUAN FRANCISCO SANCHEZ
RAMON MARRERO ARISTY
RAFAEL AMERICO HENRIQUEZ
MANUEL LLANES
ARMANDO CORDERO
J. M. GLASS MEJIA
FREDDY PRESTOL CASTILLO
MANUEL VALERIO
ENRIQUE DIAZ MARQUEZ
JOSE MARTINEZ CONDE
MANUEL DEL CABRAL
MANUEL DE JS. GOICO CASTRO
HECTOR INCHAUSTEGUI CABRAL
OSCAR CUCURULLO, Jr.
E. ESCOBAL R.
Y OTROS.

MATRIMONIO



7/1 + B0

Colección ARQUERO
(Verso y Prosa)

DIRIGIDA POR
Antonio Fernández Spencer

- I. Veloz Maggiolo (Marcio): *El sol y las Cosas*
- II. Fernández Spencer (Antonio): *Bajo la luz del Día*
- III. P. Nazario RUANO: *Matrimonio*

26769



NOV. 27 1973

Con las debidas licencias

Copyright, 1957 by Nazario RUANO

Talleres del Ejército

BN
265.5
R894m

BN
265.5
R894m
e.1

Al Ilustre Mecenas de esta obra

No. 000642

e.1



MATRIMONIO

He leído y releído su libro detenidamente, y cada lectura me ha producido gran placer. He bendecido a Dios porque se divulga un buen código moral que orienta con tan buena concisión el noviazgo, la boda y la vida marital. ¡Cuánta falta hace! La experiencia que me han producido a este respecto mis treinta años de vida matrimonial y profesional de abogado y de notario, me ha enseñado que la mayoría de los fracasos que sufren económica, fisiológica y moralmente las familias, son debidos a la falta de un guía asequible a todas las inteligencias. Este libro lo es.

Este es un libro necesario, de vital importancia, porque, desgraciadamente, la actual juventud no comprende que el matrimonio es un sacramento, y no un apareamiento como los que efectúan los ganaderos. Los hijos deben nacer del amor y no de la lascivia de los cónyuges. Libros como éste son los que deben contribuir a que todos los hogares sean verdaderamente hogares conyugales, y no cubiles, como, por desgracia, existen tantos.

Causa de eso, aunque no es la única, puede ser la equiparación y aproximación absurda que se intenta hacer hoy día de lo masculino y de lo femenino. La que sale perdiendo en ello es la mujer. Eso es rebajarla, abatirla, bajarla del pedestal en donde Dios la puso para convertirla en objeto de placeres inferiores.

Sin verdadero amor; sin enamoramiento de alma a alma; sin amor ingenuo y puro; sin el amor en que no juega el principal papel la atracción sexual, que en último análisis, no es más que una simple glotonería de los sentidos, es imposible que los cónyuges sean verdaderamente felices. Esos matrimonios presididos por lo menos noble, por lo animal, en lugar de verdadero matrimonio es una sociedad en que dos personas de sexo opuesto se combinan para satisfacer sus apetitos carnales, procrear vástagos más o menos sanos, y habitar un local más o menos lujoso o misérrimo, en donde Dios no puede reinar, ya que los cónyuges, verdaderos ministros del sacramento del matrimonio, oficiaron llenos de avidez impura, uno hacia el otro. A esto, la actual juventud, alborotada como está con ideas llamadas "modernas" objetará que, como el primer objeto del matrimonio es el de procrear, se necesita únicamente que antes y después de la boda, los cónyuges se atraigan sexualmente y se deseen. Esta objeción está respondida en el precioso capítulo sexto del libro de Tobías.

Nos cuenta ese libro sagrado que cuando el joven Tobias, en compañía del arcángel san Rafael partió a la ciudad de Ragés para cobrar una deuda a Gabelo,

- vº 10 “le preguntó Tobias al ángel durante el viaje: “¿Dónde quieres que paremos?”
- vº 11 Y respondió el ángel: Aquí hay un hombre llamado Raguel, pariente tuyo, de tu tribu, que tiene una hija llamada Sara”.
- vº 12 . . . y tú debes tomarla por mujer.”
- vº 13 . . . Pídesela, pues, a su padre y te la dará por esposa.”
- vº 14 Replicó entonces Tobias, y dijo: tengo entendido que se ha desposado con siete maridos y que han fallecido todos; y aún he oído decir que un demonio los ha ido matando.”
- vº 15 Temo, pues, no sea que me suceda a mí lo mismo.”
- vº 16 Díjole entonces el ángel Rafael: Escúchame, que voy a enseñarte cuáles son aquellos sobre quienes tiene potestad el demonio.”
- vº 17 **LOS QUE ABRAZAN EL MATRIMO-**

NIO CON TAL DISPOSICION QUE APARTAN DE SI Y DE SU MENTE A DIOS, ENTREGANDOSE A SU PASION COMO EL CABALLO Y EL MULO QUE NO TIENEN ENTENDIMIENTO. ESOS SON SOBRE QUIENES TIENE PODER EL DEMONIO.

vº 18 *Mas tú, cuando la hubieres tomado por esposa, entrando en el aposento, no llegarás a ella en tres días, y no te ocuparás en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella.”*

vº 19 *Pasada la tercera noche, te juntarás con la doncella, en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos que de la concupiscencia, a fin de conseguir en los hijos la bendición.*

Capítulo VIII.

vº 1 *“Después de haber cenado, condujeron al joven al aposento de la esposa.”*

vº 4 *Tobias exortó a la doncella y le dijo: levántate, Sara, y hagamos oración a Dios, hoy y mañana y pasado mañana, porque estas tres noches las pasaremos unidos en oración con Dios, y pasada la tercera noche haremos vida marital.”*



- vº 6 *En efecto, alzándose ambos, oraban a una con mucho fervor, para que se dignase Dios conservarlos salvos.”*
- vº 7 *Y dijo Tobías: “Oh, Señor, Dios de nuestros padres . . .*
- vº 9 *Tú sabes que no movido de concupiscencia tomo a esta mi hermana por esposa, sino por el solo deseo de tener hijos que bendigan tu santo nombre por los siglos de los siglos.”*

Es cierto que el primer objeto del matrimonio es el procrear; pero no es menos cierto que esa procreación debe tener como mira principal la glorificación de Dios por medio de la prolongación de la especie humana. Para esto es necesario que los futuros padres de familia se enamoren previamente de verdad; es decir, unan sus almas afines con amor del bueno. Sólo así quedará su unión santificada, y los hijos que nazcan de ella serán producto de ella, hijos de un amor bendecido por Dios.

El verdadero amor es una inclinación que impulsa al alma a unirse a otra alma y que, descansando en una libre elección, la hace confidente de sus pensamientos, participe de sus alegrías y de sus tristezas, y antepone la belleza espiritual a la belleza física del ser amado. Amor significa total renunciación del ser

amante en favor del ser amado. Amor es ansia de sacrificios por parte del amante para conseguir el pleno bienestar del ser amado.

Desafortunadamente, la juventud confunde de ordinario el verdadero amor con la glotonería de los sentidos, con el apetito carnal, con la pasión. Esa confusión es una ignorancia criminal que afecta al alma despojándola del dominio que le corresponde sobre la carne, dominio que Dios le dió y le exige que ejerza. Esa confusión es un contrasentido porque confunde lo espiritual e infinito con lo material y finito, lo eterno con lo perecedero, lo constante y sereno con lo pasajero y violento. Esa confusión hace que se anteponga la sensualidad a la belleza. Esa confusión hace que se vaya al matrimonio violentado por la excitación sexual que mutuamente se ha provocado, y venga el deseo de casarse en la misma forma que el hambriento se avalanza sobre un manjar, guiado únicamente por las sensaciones que se han producido en su vista y en su olfato, sin averiguar si está bien preparado, si conviene a su salud, y, si una vez que esté harto no tendrá que despreciarlo. Esa confusión es la causa de los divorcios. Los cónyuges que ya saciaron sus mutuos apetitos, que no encuentran ya en sí mismos nada nuevo, tratan de buscar emociones nuevas, manjares nuevos. Ellos se las arreglan para encontrar pretextos, para separarse con el doloso fin de buscar nuevo marido o nueva mu-

jer, que es la verdadera causa y el verdadero fin de esas falsas apariencias sociales. Y con tales clases de amor, con esas harturas, con esa ausencia de amor humano y verdadero, se transforma la madera ligera y perfumada de la cruz del matrimonio cristiano en dos travesaños inaguantables y pesados de hierro nauseabundo. En mi larga experiencia profesional así lo he constatado. He tenido que tramitar gran cantidad de divorcios tanto voluntarios como irremisibles, y siempre, con muy pocas excepciones, la verdadera causa es la hartura carnal de los cónyuges.

El divorcio con disolución de vínculo es el mayor mal que existe. Es la gangrena de la humanidad, porque destruye la familia y legaliza el apareamiento, el amancebamiento y el concubinato. El divorcio es una base, aunque quebradiza, a los matrimonios en que manda la glotonería de los sentidos; pues cuando uno de los cónyuges, o ambos, ya se han hartado, tienen derecho a buscar nueva hembra o nuevo macho. Es por lo que muchos jóvenes de ambos sexos, cuando se les hace ver que su novio o que su novia no les conviene, dicen con una ligereza que arguye una formación lamentable: "Al cabo, puedo divorciarme."

Jesús, María y José, la familia modelo de Nazaret, hagan que este libro produzca frutos de castidad y muchos santos matrimonios.

Lic. Manuel Buerba.



I

ELECCION DE ESTADO

LA variedad es característica de las obras de Dios. Ese ser infinito, que por ser infinito rechaza en sí mismo la multitud, cuando obra fuera de sí no puede producir más que lo múltiple. Multitud y variedad que a la vez que una prueba de la fecundidad infinita de Dios, quien al pronunciar una palabra en el comienzo de los tiempos hizo brotar como una inmensa cascada de luz y de belleza la infinita variedad de los seres participantes de sus perfecciones, porque uno solo no puede contenerlas todas, es también una prueba de la pequeñez y limitación de las criaturas que por lo mismo que son múltiples son finitas. La multitud es la prueba más evidente de la limitación, como la unidad absoluta lo es de la infinitud y de la eternidad.

Y esta variedad de seres, de grados y de propiedades que existen en el mundo y que, comenzando por los inferiores, van elevándose como una inmensa pirámide que se estrecha conforme se acerca al vértice, porque cuanto más imperfecto es el ser es más compuesto, más múltiple y, por consiguiente, la pirámide va estrechándose conforme las criaturas se acercan más a la simplicidad de Dios, esta variedad de seres no es un lujo de la naturaleza: es una necesidad de Dios y una necesidad de las criaturas.

Una necesidad de Dios, porque fuera de sí no puede obrar lo simple. Su acción creadora tiene necesariamente que terminarse en algo que implique diversidad y multitud, por lo mismo que es algo distinto de sí; porque si ponemos fuera de El algo simple absolutamente, ponemos al mismo Dios. Y es una necesidad de las criaturas, porque el concepto de criatura implica esencialmente composición, multitud, porque implica dependencia.

Esta variedad que encontramos como una necesidad en el principio del tiempo, en el nacimiento mismo de los seres, la encontramos como una consecuencia necesaria en todas las evoluciones de las criaturas: es el sello de su constitución, la marca que dejó en ellas la mano creadora al sacarlas de la nada a la realidad de la existencia. Y como la encontramos en la evolución de las criaturas, la encontramos en la sociedad.

También en la sociedad existe esa pirámide que existe en la naturaleza, esa escala que va estrechándose, estrechándose hasta perderse en la unidad de Dios. Porque abajo estamos los pobres, los que obedecemos sin tener a quien mandar; y sobre nosotros hay otra serie que nos manda a nosotros, pero que tienen que obedecer a los que están sobre ellos, y sobre estos terceros que mandan a los segundos existen otros que les mandan a ellos, y así necesariamente hasta llegar a Dios, que no obedece a nadie, porque está sobre todo, porque es El mismo la ley y la justicia y la equidad.

Es la jerarquía social que ha existido y que existirá siempre a pesar de todas las revoluciones, porque lo más que se podrá

hacer será invertir el orden y que los que estamos abajo nos pongamos arriba para que los que estaban arriba vengan a ponerse debajo; pero querer que todos seamos iguales en todas las cosas es una necesidad y una locura, si no es un modo criminal de engañar miserablemente a los que están abajo.

No puede haber igualdad, porque existe diversidad de fines que conseguir en la sociedad; y como el hombre es limitado en sus facultades, sus actividades no pueden abarcar todos esos fines, es preciso que mientras los unos se dedican a una cosa, otros se dediquen a otra; y así va surgiendo esa diversidad de estados y de jerarquías que existen en la sociedad. No son, pues, una creación caprichosa de los hombres ni una disposición arbitraria de Dios. Es algo que nace de la misma limitación humana. ¿Qué sería de la sociedad si todos mandásemos sin que nadie obedeciese? Evidentemente quedarían muchos fines sin conseguir y la sociedad vendría a consumirse y a desaparecer.

No existe esa igualdad que predicán los demagogos, porque yo tengo conciencia de que no tengo ni el talento, ni la gracia, ni las condiciones que tienen otros que, por consiguiente, son superiores a mi; no existe esa igualdad, porque yo veo que cuando el enemigo ofende a mi patria y esa patria envía sus hombres al campo de batalla para defender su honor y limpiar la bandera limpiándola con la sangre de quien la manchó, veo que esos hombres que están apiñados en el campo de batalla están indecisos y miran inquietos a su alrededor como buscando una indicación, una cabeza que dirija aquellas energías que bullen en ellos; y cuando veo al hombre que se adelanta a todos y les dice cómo hay

que acometer, y los organiza, los arenga y los lleva a la victoria, yo digo que ese general es superior a esos soldados; me veo obligado a confesar que todos los hombres no somos iguales.

Pero si no existe esa igualdad absoluta predicada por los demagogos, si existe aquella igualdad predicada por Jesucristo: todos tenemos unos mismos derechos como hombres; todos tenemos el mismo principio; todos tenemos el mismo fin. Todos venimos de Dios y todos vamos a Dios. Pero cada uno de nosotros tenemos nuestra alma y nuestro cuerpo, cuerpo y alma distintos de los de todos los demás y cada uno vivimos en un lugar y en un tiempo y en unas circunstancias tan particulares y exclusivas nuestras, que es imposible que, a pesar de haber vivido tantos millones de hombres sobre la tierra, hayan existido dos vidas iguales. Y es que si todos venimos de Dios del mismo modo, no vamos todos del mismo modo a El.

Y no debemos de ir. Porque es Dios mismo el que respondiendo a las exigencias de la naturaleza y de la sociedad ha establecido puestos diferentes, unos abajo y otros arriba, unos de mucho honor y otros de mucho trabajo, pero todos de gran responsabilidad, y El les va distribuyendo, va señalando a cada hombre el puesto que debe ocupar en la sociedad.

A todos los hombres les llega un momento en su vida, momento decisivo en que, puestos ante los diversos caminos que conducen al fin sobrenatural, que es Dios, tienen que escoger uno de ellos. Es el momento de la elección de estado. El hombre, llegado a la edad en que el cuerpo y el espíritu han adquirido un des-

M A T R I M O N I O

arrollo suficiente, se encuentra ante los diversos estados que existen en la sociedad. 'Tiene que escoger uno de ellos.

Elección, porque no basta lanzarse por el primero que se presenta, o por aquel al que empuja una ambición o que doran las pasiones humanas. Eso equivaldría a lanzarse en medio del mar de la vida sin saber dónde se va, sin haberse propuesto el punto del término del viaje: un navegar sin norte y sin guía, ese norte y ese guía que en la vida del hombre es el ideal. Porque cuando el hombre no tiene un ideal que realizar en su vida, un ideal tras del cual camine, es un pobre ser que se encuentra lanzado en el mar proceloso a merced de olas y de vaivenes que le llevarán por derroteros desconocidos.

Pero, ¿podemos nosotros formarnos o crearnos ese ideal? ¿Está en la potestad del hombre elegir el estado que más le guste? Nada existe sujeto al capricho del hombre. Si Dios hubiese dejado algo a la total voluntad humana habría abdicado y dejaría de ser Dios. Todo cuanto existe entra en un plan vastísimo tramado por Dios desde toda la eternidad y que va desarrollándose en el tiempo; plan inmenso del cual son partecicas insignificantes la vida particular de los hombres. Y si nuestra vida entra en ese plan determinado por Dios, es evidente que la elección de estado no puede quedar al capricho del hombre. Tenemos señalado un puesto en este orden universal, tenemos señalado un papel que desempeñar en la comedia de esta vida, tenemos una nota que dar en el concierto que el universo entona al Creador. Es Dios el ordenador universal.

Lo que nos importa es, por consiguiente, conocer el puesto que Dios nos ha señalado en la vida. Este es el punto difícil de la elección de estado. Si dependiera de nuestro capricho, la elección de estado sería muy fácil. Pero hay que comenzar por explorar los designios de Dios para colocarnos en el puesto que nos corresponde y no ser una nota discordante en ese concierto.

Porque, entendámoslo, en este hallar el puesto o estado que nos corresponde nos va la vida. Nos va la vida, porque no nos salvaremos por los medios que nosotros pensamos, sino por los que quiere Dios; no llegaremos al cielo por el sendero escogido caprichosamente, sino por el que Dios nos ha señalado con su dedo omnipotente en sus designios eternos. No vale tirarse a lo más santo, es inútil querer encaramarse en los puestos sublimes. Tan fuera de su lugar estaría el que siendo llamado al estado del matrimonio se hiciera religioso, como el que siendo destinado al estado religioso viviese en el del matrimonio. Y es que en este inmenso organismo de la sociedad no vale querer ser corazón; si estamos destinados a ser ojos, o manos, o pies de este organismo, nos perderíamos y se perdería la sociedad si todos quisiéramos ser el corazón. Y antes que la sociedad nos perderíamos nosotros, porque las gracias que Dios había determinado darnos en el estado a que nos llamaba, no nos las dará en otro escogido por nuestro capricho contra su voluntad, y sin esas gracias de estado es imposible salvarse. El que es llamado al estado del matrimonio no se salvará en el estado religioso, y el que es llamado al estado religioso no se salvará en el del matrimonio.

Y no sólo no conseguirá su felicidad en la otra vida, sino

M A T R I M O N I O

que será desgraciado en ésta. Yo conozco personas desgraciadas en el matrimonio porque habían nacido para el estado religioso, y conozco religiosos que son desgraciados porque habían nacido para el matrimonio. Y es que el hombre fuera del lugar al que Dios le llama es como un pez fuera del agua, como el ave cautiva, como los ojos a los que falta la luz...!

Nuestra vida es un río, y el cauce de ese río es la vocación a nuestro estado. Cuando no seguimos nuestra vocación, ese río de nuestra vida y de nuestra existencia está fuera de su cauce y se desparrama, pierde su fuerza y desaparece extendido por el campo de la naturaleza.

La vocación al estado de cada uno es el cauce del río de nuestra existencia. Pero, advirtamos que no todos los ríos hallaron su cauce trazado por las manos de Dios o de la naturaleza, que tuvieron que labrárselo ellos mismos, y poco a poco; arrastrando primero los obstáculos que se oponían a su paso, arrancando peñas, barriendo yerbas, arrastrando un día un poco de tierra y otro día otro poco, hasta cavarse al fin su propio cauce, hondo y ancho por donde corre, holgado y presuroso.

Algo semejante acontece con nuestra vocación. No siempre se nos presenta señalada clara y definitivamente por Dios: no siempre vemos claro nuestro porvenir, ese cauce por donde ha de deslizarse nuestra vida. Y entonces es preciso que vayamos determinándolo nosotros mismos, que quitemos los obstáculos que nos impiden conocer los designios de Dios sobre nuestra personalidad, que con la oración humilde y con la buena vida hagamos cierta

nuestra vocación. Dios no vendrá o decirnos sensiblemente qué camino es el nuestro, porque no a todos va a tirarnos del caballo camino de Damasco, ni enviará un ángel que se ponga con la espada desenvainada ante nosotros para decirnos que nuestro camino es errado; pero sí nos lo dará a conocer, y, si es preciso, hará aparecer una estrella en los cielos como a los Magos.

Dios, que nos llama y nos señala el camino para llegar a El, no nos fuerza a seguirle. Somos libres, y a ese llamamiento de Dios podemos responder con una negación y tirar por el camino opuesto. Pero aun entonces no quedarán frustrados sus designios; porque los designios de Dios no se frustran, y, si libremente nos apartamos del sendero que El nos traza, ese sendero de amor que nos llevaría a los brazos de su Amor, nos llevará a caer en brazos de su justicia.

Mas, dicen muchos: si tan difícil es acertar el estado a que Dios nos llama, mejor es permanecer en un estado neutro, en un estado que no es ni el matrimonio, ni el estado religioso; lo mejor es quedarse soltero. ¡Ah, la soltería! La soltería no es ningún estado. Aunque la soltería puede ser de dos maneras: o es un heroísmo continuado, o es una continuada vergüenza.

Llamo heroísmo continuado a esa soltería que algunas personas se ven obligadas a guardar, no por capricho, sino por deberes sacratísimos que cumplir: esa hija que no puede casarse porque tiene que atender a sus padres ancianos y desvalidos: ese hijo que tiene deseos vivísimos de consagrarse a Dios y que tiene que permanecer al lado de sus padres o de sus hermanos para ga-

narle el sustento necesario: esos hombres que renuncian al matrimonio para vivir consagrados al estudio: esa persona enferma que está imposibilitada; he ahí una soltería heroica, sublime, que implica más sacrificios que ningún estado y que tendrá por lo mismo la recompensa de todos ellos.

Pero hay otra soltería vergonzosa, esa soltería voluntaria, que no tiene otra razón de ser que el esquivar las dificultades y el sacrificio que imponen el estado del matrimonio o el estado sacerdotal y religioso, vida egoísta, sin ideales, que se desliza estérilmente, vergonzosamente por la sociedad. Para esa soltería nuestra condenación y nuestra lástima. Nuestra condenación, porque no está bendecida por Dios; nuestra lástima, porque a pesar de que huye del sacrificio y del trabajo, cae en él más hondo; porque la vida del soltero es una vida sin ideales; vida triste porque carece de ilusiones; vida fría porque es un corazón que está solo y el corazón que está solo es como el carbón encendido que está aislado, que se apaga pronto. No bastará que se acerquen momentáneamente a un corazón, porque ese acercamiento causado por la pasión no servirá más que para dejar más frío, más soledad y más tristeza. Hay que amar. Cuando el corazón llega a los treinta años sin haber amado con pasión algo, humano o divino, ese corazón se muere dentro del pecho.

Por eso la soltería voluntaria y sin otra razón de ser que el evitar las dificultades de los estados bendecidos por Dios, es una desnaturalización del hombre; porque mata en si mismo todos los ideales más puros y más nobles, los ideales de la familia y los

ideales de la vida religiosa, para quedarse en esa frialdad de bronce.

Y lo que es más triste todavía es que esa soltería va manchada con actos que no se pueden nombrar en estas páginas, pero que todos conocemos. No se quiere la sujeción de una mujer o de un hombre para poder acercarse a muchas mujeres o a muchos hombres...!

Estado triste, vida sin encantos y sin poesía porque en todos los demás estados hay belleza y poesía. La hay en el matrimonio, la hay en el estado sacerdotal, la hay en el estado religioso, la hay en todos los estados; pero no la hay en la soltería voluntaria. No lo quisiera yo, por eso, para ninguno de mis lectores.

II
MATRIMONIO

II
MATHIAS

AL hablar del matrimonio quisiera hacerlo con la delicadeza que esta materia exige. Toda la prudencia de mis palabras me parecerá poca, porque quiero tratar del matrimonio sin levantar el velo que debe cubrirle siempre; pero al mismo tiempo quisiera arrojar tanta luz sobre él que, sin yo levantarlo, pueda descubrirse la realidad que se oculta debajo de ese velo.

Vamos a estudiar el matrimonio en su elección, en su constitución y en sus consecuencias.

Primero el matrimonio en su elección. Quisiera dirigirme a todos los jóvenes de ambos sexos que, llegados ya al momento de elegir estado, ven el matrimonio con ilusión o con temores, para decir a los primeros que no se ilusionen demasiado, porque no todo es tan encantador como parece, y para decir a los segundos que no teman, porque no hay tantas dificultades como se imaginan. Son precisamente los dos extremos que hay que evitar en la elección del matrimonio: la precipitación y la reflexión excesiva.

Hay que evitar la precipitación, porque el paso que se da

al abrazar el matrimonio es demasiado grave y trascendental para que pueda resolverse de cualquier modo. El matrimonio no ha de ser, es cierto, un negocio que se resuelva a sangre fría; pero tampoco hay que dejarse llevar demasiado del sentimentalismo. Hay que exigirle cuentas al corazón: cuentas y razón de lo que ama y por qué lo ama. El matrimonio no puede celebrarse sólo por simpatías, porque hay simpatías pasajeras, que se fundan en detalles de momento, en cualidades transitorias; y cuando el corazón se deja llevar por ellas y son ellas las que deciden el matrimonio, cuando ese detalle y esa cualidad pasajera en que se fundaba la simpatía y donde se apoyaba el amor desaparecen, caen el amor y el cariño hecho pedazos. Es necesario que sea un cariño y una simpatía fundada y sólida, esa simpatía que se apoya en cualidades permanentes de una persona. Los matrimonios nacidos de un capricho no pueden hacer feliz a nadie. Se ven con frecuencia enlaces realizados demasiado de prisa y demasiado a ciegas, que hacen, como no podría por menos, desgraciados al hombre y a la mujer.

Es necesaria la reflexión; hay que pensarlo bien antes de decidirse, porque una vez dado ese paso ya no se puede volver atrás. No es el matrimonio como un problema que trazamos y resolvemos sobre el papel, que si nos equivocamos en alguna cifra podemos borrarlo y resolverlo de nuevo hasta sacarlo bien. Si el matrimonio se equivoca una vez, el yerro es irreparable. No se tiene ni siquiera ese año de aprendizaje que tiene el religioso. Porque el religioso tiene un año de noviciado y en ese año vive según la Regla que piensa profesar, prueba sus fuerzas; pasa por

todas las alegrías y por todas las humillaciones y sufrimientos que existen en su Orden, y, si ve que no puede llevarlas, si su cuerpo no se encuentra robusto para sobrellevar las maceraciones y los ayunos, o, si su espíritu, demasiado entero, no puede soportar la sujeción de la obediencia, da un adiós a la Religión y se vuelve al mundo. Pero en el matrimonio no hay año de noviciado. Se podrá pensar antes cuanto se quiera, se podrán medir las obligaciones y los derechos, las alegrías y los sinsabores que se supone existen en el matrimonio; pero no se podrá probar y dejarlo si no conviene. Una vez abrazado no se puede volver atrás, hay que llevar ese yugo impuesto voluntariamente. ¡Cuántos hombres y cuántas mujeres que van ciegamente ilusionados al matrimonio se volverían atrás, si hubiese también un año de noviciado! Yo creo que si del noviciado de las Ordenes Religiosas se vuelven muchos atrás, es muy probable que del noviciado del matrimonio se volverían más todavía.

Quizá pregunte alguno que por qué no existe ese noviciado para el matrimonio. No existe porque no puede existir. Porque lo rechaza la misma naturaleza del matrimonio. Y porque ni existe ni puede existir ese período de prueba y experimento, hay que suplirlo con la reflexión y el raciocinio.

Pero hay que evitar lo que se ha llamado antes reflexión excesiva. Es decir, ese reducirlo todo a las conveniencias o disconveniencias materiales, el no mirar el matrimonio más que como un negocio de lucro fundándole sobre la posición social, sobre miras políticas, sobre haciendas y dinero sobre todo.

Porque muchas veces el matrimonio no son los corazones que se unen: son dos haciendas que se juntan. Y no es que condenemos que se busque una proporción entre la posición de la persona con que se ha de unir y la propia; lo que se condena es que sea ésta toda la razón del matrimonio; porque no debiera ser ni siquiera una razón principal. No, el matrimonio no debe fundarse sobre cálculos, porque aunque la cabeza esté muy convencida de que esa unión nos conviene, llegará un momento en que el corazón, que no tomó parte en esa decisión, se hastíe y lo anule, anule y deshaga esas razones del entendimiento con esas otras razones del corazón que son mucho más fuertes porque nunca tienen contestación.

Para que el matrimonio tenga éxito es necesario que sea a la vez obra de la inteligencia y del corazón, con más parte del corazón, porque es ante todo un negocio de amor; pero sin excluir la parte que corresponde a la inteligencia. Si se va sólo con la inteligencia, esa obra la deshará tarde o temprano el corazón y si es obra de sólo el corazón la deshará algún día la inteligencia.

¿Cómo conseguir nivelar estas dos fuerzas: por una parte los ímpetus del corazón que quiere unirse sin atender más que a lo que ama, y por otra parte las frialdades y cálculos del entendimiento, que busca ante todo razones ajenas al cariño y a la simpatía? El medio más eficaz es estudiar el matrimonio por sus dos caras; porque el matrimonio tiene dos caras: un lado alegre, encantador, atrayente, y o otro difícil, mortificante, atormentador. Y para no equivocarse, hay que estudiar esas dos cosas: es preciso conocerle en su integridad, para abrazarle también en su integridad.

M A T R I M O N I O

El matrimonio tiene un lado dulce y encantador: es el vivir junto al ser querido, el tener por compañía de nuestra existencia a un corazón que nos ama con delirio, un corazón que al acercarle el nuestro sentimos que palpita por nosotros, que vive por nosotros, que sueña con nuestra felicidad y nuestra dicha al soñar con su dicha y su felicidad. Y como el corazón del hombre no vive más que para eso, para amar y para sentirse amado, cuando se encuentra con un corazón que le adora parece que no necesita más, porque lleno el corazón quedan llenas y satisfechas todas las aspiraciones humanas;—el hombre en ese estado es feliz, feliz porque fija sus ojos en los ojos enamorados del ser querido y entra por ellos hasta el fondo de su alma y allí no descubre más que un horno de amor y de ternuras, que arde por él. Y luego, cuando la bendición de Dios hace fecunda aquella unión del cuerpo y del espíritu, ¡qué dulce satisfacción de los padres al verse rodeados de esos ángeles, que tienen una parte de Dios y otra parte de su propia sustancia, esos pedazos de sus entrañas que viven y se mueven en torno de sus padres! —

Pero, ¡ay!, que no es esto todo el matrimonio. Junto a estos encantos y a estas alegrías, junto a este lado atrayente lleno de luces y de belleza, hay otro menos encantador, más triste. Porque en el matrimonio, como en todos los estados, hay también lágrimas, y lágrimas de sangre muchas veces. Tras de esas flores que aparecen por de fuera, flores reales, es

verdad, que perfuman el ambiente y el espíritu, hay espinas que a veces punzan el alma y hacen sangrar el corazón. Porque, ¿quién librará al hombre de alguna infidelidad de la mujer, y ¿quién librará a la mujer de alguna infidelidad del hombre? Y si un día se enfría el corazón y aquellas ilusiones primeras desaparecen; cuando al encontrarse aquellos ojos que antes despedían luces y fuego, ya no se estremezcan los espíritus de contento porque al penetrar por ellos en el alma en vez de aquel horno llameante de otros días no encuentra más que un montón de cenizas, ¡ay!, entonces es necesaria toda la fortaleza del alma, y del orden sobrenatural, para no lanzarse por el abismo de la desesperación. Y luego, la preocupación del porvenir de los hijos, y la solución de los conflictos familiares, esos conflictos que han destrozado tantos corazones y han auyentado el amor y la paz de tantos hogares. Es la parte triste del matrimonio, es el lado oscuro, es esa cara desabrida que existe en las cosas.

*Tal es el matrimonio, mezcla de rosas y de espinas, de contentos y de sinsabores, de días claros y apacibles y de días oscuros y tormentosos.

Pero ni hay que abrazarle sólo por lo que tiene de dulce, ni rechazarle sólo por lo que tiene de amargo; hay que abrazarle tal como es, en su integridad. Porque si se le abraza por lo que tiene de dulce, ¿qué sucederá cuando se encuentren con esa parte amarga de la cual no podrán prescindir porque no se podrá evitar? Porque se pasarán los días de la juventud y de la hermosura, días de ilusión, todo luz y claridades, tiempo de flores y de brisas ténues, y vendrá el invierno de la edad madura y de

la ancianidad, con sus hielos y sus aguas, y cuando el cierzo frío azote el árbol y se lleve las hojas de las ilusiones secas, ¿qué hacer entonces, si las raíces no están bien hondas con esperanza de dar otro día nuevas hojas y nuevos frutos? ¿Acaso el matrimonio va a ser una luna de miel perpetua...?

Pero nadie deje de abrazarlo por las dificultades que lleva consigo, porque, ¿acaso se encontrará un estado de vida donde no haya esas dificultades, un estado que no tenga su lado oscuro, que sea todo felicidad y contento? No se encontrará porque no existe. No existe ni en el mundo ni en las Ordenes Religiosas. Porque también los religiosos tienen una parte de alegría y otra de tormentos, horas amargas, momentos de persecución y de escarnio en que parece que las pasiones se sublevan, aunque siempre sobre esa agitación de las pasiones flota el espíritu de alegría, como sobre las aguas oscuras y caóticas del principio del mundo flotaba el espíritu de Dios.

En la elección del matrimonio hay, pues, que evitar esos dos escollos que son dos extremos: el ir a él irreflexivamente empujados por el sentimentalismo y por ilusiones pasajeras, y retraerse de él por temor a las dificultades, asustados por esas perspectivas negras, que lo ensombrecen. Si Dios llama a él, piénsese bien a quién se va a unir y, hecho esto, dése ese paso con firmeza y decisión.

Pero no hay que ir al matrimonio atraídos sólo por hermosuras del cuerpo que se pasan pronto, ni el corazón se deje arrastrar por eso, ni consienta que el amante lo sea solamente

por eso, porque cuando se pierda la hermosura caerá también el amor. No fiarse de ese fuego de amor de un día, que son fuegos fátuos, sino procurar que sea un amor verdadero para que, cuando se apague la llama y desaparezca el brillo de los colores, pueda quedar bajo las apariencias oscuras de la vejez el rescoldo de un calorcillo sincero dentro del pecho.

Una vez decididos y realizada la elección del matrimonio como estado propio, como ese cause por donde ha de correr y deslizarse el río de la existencia, ¿qué es lo que hay que hacer?.

En tres palabras resumió el genio de San Agustín todo lo que es y todo lo que vale el matrimonio: prole, fidelidad, sacramento.

Prole: es la razón, el fin y el fruto del matrimonio. Y contra eso va la concupiscencia, que no quiere más que el deleite de la carne. Es el gran pecado de la sociedad actual; extinguir las fuentes de la vida.

Fidelidad: es una condición necesaria, porque no es más que la unión del espíritu que salvará la unión del cuerpo. Sin la fidelidad mútua de los esposos el matrimonio es imposible. Y contra esta condición lucha la volubilidad humana que se cansa de todo, que nos hace odiar un día lo que otro habíamos adorado, que busca continuamente nuevos objetos que ofrecer a nuestra sensualidad, que se parece a esos insectos feos y asquerosos que parece que no tienen más gusto que arrastrarse por los flores más bellas dejándolas todas manchadas con su baba inmunda.

M A T R I M O N I O

Sacramento. Es la indisolubilidad, que es el sello de Dios, que El marca sobre los esposos y que nadie podrá borrar en la vida, porque sólo se pierde cuando el cuerpo se hace polvo en el sepulcro. ¡Sacramento, indisolubilidad, la parte de Dios en el matrimonio, lo que da consistencia a la fidelidad, lo que impide la desgracia sobre la prole! Y contra esto es contra lo que lucha el sectarismo anticatólico, que quisiera disponer de la mujer para satisfacer sus pasiones y luego dejarla abandonada como un deshecho. ¡Pobre mujer si llegase a triunfar la doctrina anticatólica! Si algún día, mujeres cristianas, veís que no hay sacrificios en los templos, que los sacerdotes han enmudecido y que que los pontífices están encarcelados y que allá sobre la cúpula del Vaticano en vez de la bandera blanca del Papa ondea la bandera roja con un triángulo, una estrella y una escuadra, creed que ha comenzado vuestra segunda esclavitud; esclavitud segunda, porque la primera fué la que abolió Jesucristo hace más de veinte siglos. Será el triunfo de la mujer de Babilonia, que sentada sobre la bestia del Apocalipsis dió a beber del caliz de su prostitución a todas las gentes de la tierra...!

III
FAMILIA CRISTIANA

preparada por la mujer y condimentada con amor y con cariño del corazón!

Pero esto no puede realizarse más que en un hogar cristiano. Y al decir cristiano, no quiero decir que los que lo componen sean cristianos de nombre, sino que vivan como cristianos; que regulen su vida, sus acciones y sus intereses, por los intereses, las acciones y la vida de Cristo. Porque, desgraciadamente, no todos los padres que bautizan a sus hijos forman un hogar cristiano.

Quizá, lector, conoces más de uno de esos hogares, que en vez de ser templos de santificación y de felicidad para los padres son lugares de condenación y de tormento. Hogares sin amor porque no fué el amor el que los formó, sino el interés y las pasiones bajas, hogares en los que se desconoce a Dios y, sobre los cuales, huídos la paz y el cariño, se cierne el espíritu de la discordia y de la desesperación. Y entonces, cuando los celos o los escándalos de los padres convierten el hogar doméstico en un foco de discordia, los hijos huyen con el alma herida a buscar fuera el cariño que no encuentran dentro. Nada más encantador que un hogar cristiano, hogar tranquilo donde los esposos se aman, porque en medio de ellos habita el ángel del amor. Nada más terrible que un hogar de donde han huído el cariño y la paz, porque allí se respiran aires y atmósfera de infierno.

El hogar es también escuela de los hijos.— Es la primera escuela y es escuela eficaz y escuela insustituible.

Escuela eficaz: porque nada se le entra al niño tan adentro como lo que aprende de sus padres. Es lo primero que ve y lo que queda grabado en lo más hondo del ser, allá donde se reciben las primeras impresiones envueltas en el cariño y los besos de los padres. Y esas enseñanzas primeras no quedarán estériles. Es posible que cuando el hijo crezca y, cuando por desaparición o descuido de los padres, caiga en manos menos desinteresadas que las suyas, salga de ese camino bueno que aprendió en el hogar materno. Las malas compañías, ayudando a las inclinaciones y al encabritamiento de las pasiones, llevarán a ese hijo por derroteros de perdición que los padres no soñaron. Pero yo aseguro que ni las malas compañías, ni las brutalidades de las pasiones, ni la predicación criminal de ningún desalmado podrán borrar totalmente aquellas ideas y aquellos amores de la niñez. Y bastará una palabra para que esos recuerdos dormidos se despierten y salgan a flote sobre todo ese mar de inmundicias que había caído encima. Oí contar una vez a un anciano que viajaba con un joven ya espigado. Un hombre que hacía alarde de impiedad y de indecencia. Su boca no se abría más que para blasfemar y criticar como un respiradero del infierno. Cuando el viejo se hartó de escuchar tanta sandez se volvió al hombre y le dijo: “¿Es lo que le enseñó su madre?” Y el hombre, que antes parecía desafiar todo lo humano y lo divino, al oír eso bajó los ojos y la cabeza, y ocultó avergonzado el rostro entre las manos. Las palabras del anciano habían hecho surgir el recuerdo de las enseñanzas de su madre y al poner su imagen en frente de la realidad de su vida presente, había visto la dife-

rencia de su conducta vergonzosa, comparada con las olvidadas y dulces enseñanzas maternas.

El hogar es, además, escuela insustituible.— No se crea que el hogar doméstico se suple con instituciones. Por muy buenas que ellas sean, por mucho que quieran al niño y por grande que sea el interés que pongan en su formación, ¿acaso pueden tener en el corazón del niño la influencia de su madre? Hay una parte reservada a los padres. Nadie puede entrar allí más que ellos, y la industria de los maestros y de las institutrices tiene que detenerse al llegar a ese punto, donde no entran más que el cariño y los ojos de la madre.

¡Lo que es la labor que realiza la madre en el alma de aquel pequeñuelo que tiene sobre sus rodillas! Una mirada y un beso de ella, valen más que todas las mañanas de los maestros; porque Dios y la naturaleza han establecido una comunicación secreta e íntima, comunicación misteriosa del alma de la madre y del hijo por la cual participan y se comunican mutuamente sus alegrías y sus pesares. Muchas veces se observa que el niño, al que tiene su madre en brazos, está alegre y retozón y, de momento, se queda triste y comienza a llorar. Es que ha visto que la madre no está como otros días, ha visto en su rostro maternal la huella del dolor que le atormenta el alma, y, el niño, sin saber discurrir, ni hablar, se siente contagiado del mismo sentimiento de la madre: es esa comunicación misteriosa que existe entre los dos corazones.

Y por eso mismo su labor es tan eficaz y ella sola puede

realizarla. El niño bebe por los ojos con el cariño de la madre, las ideas y los sentimientos que bullen en ella. Por eso es verdad que en las rodillas de las madres se han formado todos los grandes hombres. Y, cuando oigo hablar de algún héroe que ha llenado el mundo con su fama, mientras los demás se interesan por conocer las escuelas y las universidades en que se formó, o las academias y centros de cultura o de práctica en que se hizo hombre, yo voy a buscar el origen de ese heroísmo mucho más abajo. Me interesa conocer el lugar de su nacimiento y el nombre de sus padres, y entro en aquel hogar de su infancia y allí, en el regazo de su madre, encuentro el principio y el origen de aquellos heroísmos y de aquellas grandezas. En esa labor oscura que realiza la madre, labor oscura digo en relación con las apariencias externas, porque por lo demás es una labor que brilla al fuego del cariño y de la ilusión.

¡La ilusión de la madre cuando tiene al hijo junto a su pecho y le ve reír y manotear! Cuántas veces piensa la madre que qué será de aquel hijo de sus entrañas y quisiera escrutar con sus ojos inquietos el porvenir, para descubrir la suerte de su hijo mientras le aproxima todo lo posible al corazón!

Pero todo esto supone que en aquel hogar flota la idea de Dios y el espíritu de la religión. Y el hijo que desde que abre los ojos ve que el Crucifijo está a la cabecera de la cama, y que la madre, antes de acostarse y después de levantarse, se arrodilla ante un cuadro de la Virgen, y que al volver el padre del trabajo rezan juntos el rosario, esa idea de Dios y ese espíritu de

religión se les entra a los niños mansamente, insensiblemente en el alma.

Por eso, padres y madres, lo mismo los que lo soís que los que aspiráis a serlo, no dejéis nunca el hogar vacío. No perdáis nunca de vista al hijo querido, no sea que lo que vosotros vaís sembrando en aquel pecho lo arranque otro para sembrar abrojos y espinas. Sobre todo la madre, que antes que el templo, que antes que la sociedad, que antes que todo lo divino y que todo lo humano está obligada a atender el hogar, que debe ser su nido, su templo y su cielo.

Nada puede excusar de abandonar el hogar. No os excusarán las exigencias sociales, porque antes que todas las exigencias, está la exigencia del deber, y vuestro deber es atender al hogar que habéis formado. No os excusará ni mucho menos la invitación al teatro o al paseo, o al baile, o a la recepción de sociedad donde os pasáis toda la tarde y toda la noche mientras los hijos hacen todos sus antojos con las sirvientas. Ni siquiera os excusará pasaros largos ratos en la iglesia, eso que es tan santo, porque no todo lo santo nos santifica y vuestra obligación está entonces en el hogar y no en el templo. Allí es donde os espera Dios. Y es una obligación tan grande, que, entre ella y la obligación de oír misa, hay que dejar ésta para atender a aquélla. Antes que venir a adorar a Dios en el templo quiere El que atendáis a vuestro esposo y a vuestros hijos; esa es vuestra adoración, ese es vuestro templo, ese vuestro sacrificio.

IV
RESPONSABILIDAD

ESTAMOS en tiempo de responsabilidades. Cuanto peores somos mayores responsabilidades exigimos, como si tuviésemos en nuestra mano el monopolio de la justicia y de la equidad. ¡Responsabilidad! ¡Cómo se les llena a muchos la boca con esta palabra! Y, ¡cómo debe reirse Dios desde el cielo ante estas exigencias de los hombres! El, El es el que exigirá responsabilidades a todos, responsabilidades a los perseguidos y responsabilidades a los perseguidores, responsabilidades a los enjuiciados y responsabilidades a quienes exigieron las responsabilidades a sus hermanos. Entonces será la responsabilidad de las responsabilidades.

Porque con relación a los hombres podremos discutir si tienen o no derecho a exigirnos responsabilidades de ciertos actos de nuestra vida; pero cuando el que exige esas responsabilidades es Dios, entonces sí que tenemos que rendirnos, porque puede exigirnoslas de todos los actos y movimientos de nuestra existencia. Pero, dejemos ahora otras responsabilidades y fijémonos en las responsabilidades de los padres.

Podemos dividirlos en tres clases: responsabilidades con

relación a Dios, responsabilidades con relación a los hijos y responsabilidades con relación a la sociedad.

Responsabilidad con relación a Dios, que nace de esa comunicación de sus propiedades a los padres. Los padres tienen ante los hijos la autoridad, la representación de Dios, y Dios tiene que exigir cuentas de cómo la usan. Porque Dios, que no es nada corto en distribuir sus dones y prodiga liberalmente aquellas de sus propiedades que pueden recibir las criaturas, es tremendo en exigir cuenta y razón del empleo que se ha hecho de ellas. Y cuanto estas propiedades son más suyas, cuando son por naturaleza un reflejo de lo que Dios más estima, entonces la cuenta es más estrecha, porque parece como si tuviese celos de que eso aparezca como cosa suya. Y la paternidad es una de esas propiedades. Es preciso que los hijos vean a través de sus padres a Dios, que admiren y amen en su bondad la bondad de Dios, y que respeten en su autoridad la autoridad de Dios que se la comunicó. ¡Pobres padres esos que en vez de hacer venerable y santo el nombre de Dios ante sus hijos hacen con su conducta que sea maldecido y blasfemado! Y más que con las palabras, esos hijos pueden blasfemar de Dios con sus obras.

Responsabilidades con relación a los hijos.—La primera es no impedir su existencia impidiendo la generación. No es el matrimonio para satisfacer pasiones bajas, es para criar hijos; y cuando el refinamiento de la pasión mata la flor de esas existencias que estaban camino de la vida, existencias sobre las que los padres no tienen derecho; porque cuando los

esposos quieren vivir siempre holgadamente como esposos sin llegar a ser padres; cuando no se busca en la unión matrimonial más que un comodín para la concupiscencia de la carne, el matrimonio deja de ser matrimonio y se convierte en un ajuntamiento escandaloso. Hay que acercarse al matrimonio con otras aspiraciones más nobles, con la noble aspiración de perpetuarse a sí mismos. Toda alma digna busca su perpetuidad; unos la buscan en sus obras; los padres deben buscarla en su hijos, que son su obra mejor. Huíd y maldecid el egoísmo de algunos padres, que impiden la procreación para que los hijos no les coman la hacienda, esa hacienda que hasta probablemente no ganaron ellos y que guardan para gastarla en vicios y que por justo castigo terminará por llevársela la trampa.

Los vicios de los padres, he ahí otro de los principios de responsabilidad con relación a los hijos. Cuántas veces se oye a los hombres de edad lamentarse de que los jóvenes de hoy no son tan fuertes ni tan sanos y robustos como los de su tiempo. Es la misma queja que se oye a los padres que se duelen de la debilidad y del agotamiento de sus hijos. Concedamos que esto sea verdad; pero, ¿quién tiene la culpa? Acaso la tiene el hijo que nace enclenque y enfermizo, ¿o la tienen los padres que llegaron al matrimonio ya desgastados y corridos?

Claro que en esto hay dos causas: una voluntaria y responsable, otra involuntaria y, por consiguiente, irresponsable.

Una involuntaria que es cuando esa degeneración física

de los padres nace del exceso de trabajo. Entonces la responsabilidad no es de ellos. Es de aquellos que los explotan, de aquellos que labran su felicidad y su capricho a costa de la salud del obrero, y con la salud del obrero la salud de sus hijos, que quedarán inutilizados hasta la quinta generación. Esos trabajos forzados y continuos realizados en talleres insanos, con mala y escasa alimentación, destruyen la salud del obrero, y sus hijos necesariamente nacen llenos de miserias.

Y no es ya sólo el padre quien trabaja en esas condiciones; es también la madre que se encierra en habitaciones insuficientes respirando atmósferas insanas, mortíferas, que envenenan los frutos de sus entrañas. ¡Qué pena da ver salir en tantos países de tales trabajos a esas pobres mujeres pálidas y mal vestidas, que reflejan en su rostro y en sus ademanes el cansancio y el agotamiento!

Pero, no; esa debilidad física con que nace el niño no es lo más triste, con serlo tanto, aunque es tristísimo que las pobres criaturas paguen los abusos de quienes explotaron a sus padres; lo más triste es que el espíritu nace poco más o menos como el cuerpo. Porque, ¿qué delicadeza de sentimientos puede haber en tales pobres mujeres que pasan el día mezcladas con hombres, oyendo conversaciones e invitaciones groseras? ¿Cómo es posible que su espíritu y sus sentimientos no degeneren en ese ambiente tan poco propicio para la delicadeza de la mujer? Y ellas se acostumbran a ellos y el hijo nace con disposiciones semejantes a las de su madre. ¡Pobres padres y pobres hijos!

M A T R I M O N I O

Todavía es peor cuando esa degeneración es voluntaria. Y, sin embargo, existe, no en la clase humilde —porque el trabajo no suele dejarles tiempo para ello—, ni en la clase media, que suele ser media en todo; existe en la clase más alta, que se agota a fuerza de placeres, de comodidades y de vicios. Porque no sé que tienen las riquezas, que cuando no son poseídas como Dios manda, cuando no son el fruto de la propia laboriosidad y del propio esfuerzo, sino que las ganaron otros y las disfrutamos nosotros; cuando, sobre todo, no se administran en pro de los desafortunados, pobres miembros sangrantes de Jesucristo, cuando las riquezas se poseen así, esas riquezas claman al cielo y, o no existe justicia allá arriba, o esas riquezas tienen que convertirse algún día en perdición de quienes las poseen.

Y se convierten —!no han de convertirse!— en perdición, porque lo que no se les va en los pobres se les va en vicios, vicios y placeres que minan la salud del cuerpo después de haber deshecho la del alma; vicios y placeres que enervan las energías de la carne, que se gasta y que, así gastada, restransmite a los hijos una doble herencia: la herencia triste de la concupiscencia de los padres. Poco importa que vayan bien vestidos y que tapen con oro la miseria de su carne. Debajo de esa elegancia hay muchas veces un cuerpo enfermizo lleno de lacras, consumido por vicios secretos.

Habría que levantar la voz en medio de la sociedad para enterar a los padres, y a los que van a serlo, que vivan cristiana y honradamente, si quieren que sus hijos nazcan llamados a

la felicidad, para que, cuando se den cuenta de las cosas, no tengan que maldecir de unos padres de tan triste memoria moral. ¡Es la responsabilidad de los padres con relación a los hijos!

Pero hay otra responsabilidad que los hijos pueden exigir a los padres. Es la que se refiere a la propia hacienda. Porque la doctrina de la Iglesia no abarca solamente las obligaciones del hombre con relación a Dios; no nos habla solamente de lo que hay que practicar en el templo. Si así fuera, si no se extendiera a más, sería una doctrina muy pobre, incapaz de realizar esa influencia que ha transformado a la sociedad. La doctrina de la Iglesia es de un contenido social completo. No hay necesidad de salir de ella para resolver los problemas sociales. Y uno de esos problemas es éste.

La hacienda que tienen los padres de familia, bien sea que la hayan recibido de sus antepasados, o que haya sido juntada con industria y trabajo propios, esa hacienda no les pertenece exclusivamente a ellos; pertenece también a sus hijos. Por eso no pueden gastarla a su antojo y, aún cuando los hijos no exigieran ese derroche, hay quien la exige por encima de ellos. Y, no sólo no pueden malgastarla, sino que hay obligación de acrecentarla. ¡Poco corazón tienen esos padres que se contentan con lo que les basta para ellos, despreocupados del porvenir de sus hijos!

Existe a este respecto una anécdota interesante. Ocurre hacia el año 900, época en que España estaba todavía en poder de los musulmanes, pero cuando el califato iba ya hacia su ocaso para



no levantarse más. Un día, cuando el califa salía acompañado de sus grandes, al internarse en el bosque, vió que un anciano trabajaba penosamente en plantar un nogal. Acercándose el califa, le preguntó que cómo a su edad plantaba ese árbol que tardaría tantos años en dar fruto, frutos que él no disfrutaría de ningún modo. Levantando despacio la cabeza le respondió respetuosamente el anciano: Señor, yo he disfrutado de los arboles que plantaron mis padres. ¿Por qué no he de hacer yo lo mismo para que me bendigan los que vienen detrás, como yo bendigo ahora a mis mayores? ¿Qué importa que yo no llegue a disfrutar de esos frutos si lo van a hacer mis hijos y mis nietos? El califa miró a quienes le acompañaban, y, depositando un puñado de monedas de oro en la palma de la mano del anciano, siguió pensativo su camino. ¿Qué importa que no lo disfrute yo, si lo disfrutan mis hijos y mis nietos? He aquí todo un programa para los padres.

Responsabilidad con relación a la sociedad.— Pero con ser cosa tan grave esta responsabilidad que se refiere a los hijos, es todavía mayor la que exige la sociedad. La sociedad que será integrada un día por esos hijos, la sociedad que tiene derecho a exigir hombres, hombres sanos de cuerpo, hombres preparados para los cargos sociales. De esos hijos han de salir quienes más tarde regirán los destinos de la nación y, por consiguiente, sus desaciertos han de redundar en gloria o en escarnio de los padres. Esos hijos han de ser los mantenedores del prestigio de la patria, cuando se vea amenazado.

La sociedad de mañana buscará nombres y cenizas

P. NAZARIO RUANO, O. C. D.

de muchos padres para execrarlas o para glorificarlas ; para execrarlas, si han legado en sus hijos unos ciudadanos incapacitados para lo grande ; para glorificarlos, si en cada uno de esos hijos hay por lo menos, la esperanza de un héroe.

V
EDUCACION FISICA Y
EDUCACION INTELECTUAL

EL hombre consta de dos partes perfectamente distintas, pero tan íntimamente relacionadas que, aun en el caso de separación, parece que la una clama por la otra. Son el cuerpo y el alma. El hombre consta sustancialmente de las dos, y, cualquiera de ellas que falte el hombre deja de existir. Sin el cuerpo quedará un alma humana, pero no queda hombre; y sin el alma el cuerpo no es ni siquiera un cuerpo humano; no es más que un cadáver, un puñado de carne corrompida que entrará a formar parte de otros cuerpos y de otras sustancias. El hombre es cuerpo y es alma.

Y los padres son padres del hombre completo, no son solamente del cuerpo; porque si fuesen solamente padres del cuerpo de sus hijos, el hombre no sería padre del hombre; sería padre de un puñado de carne. No importa que no sean los padres quienes comuniquen el alma a sus hijos, ni importa que sea Dios quien se acerca a ellos para infundir en la carne el hálito de vida que ha de vivificarla, porque esa carne vivificada es lo que procede de ellos. El hombre nace de los padres como hombre. De lo contrario no valdría la pena ser padre.

Porque los padres son padres del hombre completo es por lo

que tienen que cuidarle, desarrollarle y perfeccionarle. No pueden contentarse con la educación física solo, ni con la educación intelectual y moral solamente: tienen que abarcalas todas, porque les corresponde velar por el cuerpo y por el alma de los hijos.

Primero la educación física, la que menos importancia tiene en sí, con tenerla tan grande. Vamos a detenernos poco en ella porque no es este sitio para dar lecciones de gimnástica, y porque, además, es esta educación física, la que, de ordinario, atienden mejor siempre los padres. Deben, no obstante, las madres atender una observación digna de toda atención. Nos referimos a esas madres que, sin motivo justificante, entregan a sus pequeños en manos de amas de cría. Quizás ignoran que el niño recibe con la leche las propiedades de quien se la da, expuestas a que sus cualidades, las cualidades maternas, puedan desaparecer del cuerpo y del alma de sus hijos para ser suplantadas por las cualidades del ama de cría que se inoculan en la pobre criatura. Y, naturalmente, esto no va con esas pobres madres que no pueden criar a sus hijos —¡qué remedio les queda!— sino con aquellas que lo hacen por comodidad; porque es muy cómodo dar a luz y entregar los hijos a alguien para que ella los críe. Esto es dejar de ser madre en muy grandes proporciones.

Sobre la obligación de alimentar el cuerpo tienen los padres la de alimentar la inteligencia de sus hijos. No basta dar la instrucción que el niño puede recibir directamente de sus padres en el hogar doméstico para que un día pueda ser hombre, hombre consciente de sus actos y que sepa dónde está y dónde tiene

que ir; para que pueda representarles con honor y ellos no tengan nunca que avergonzarse de reconocerlos por tales. Los padres tienen que preocuparse sobre todo de la formación intelectual de sus hijos.

La formación intelectual no es un lujo, es una necesidad para desenvolverse en la vida, para no dejarse arrastrar por derroteros perdidos. Porque los hijos no valdrán nunca más de lo que en realidad valgan. Si los padres los dejan vacíos de sentimientos y de ideas, vacíos quedarán; y, aunque por algún tiempo puedan disimular, no faltará una circunstancia en su vida en que revelen, a pesar suyo y de los padres, todo lo que son. Ni hay que fiarse de recomendaciones ni de influencias si no se les procura que estén capacitados para ganarse por sí mismos la vida, para hacer frente a las dificultades y a los reveses; porque aun dado caso que se les legue una buena herencia, ¿esa herencia llegará íntegra a sus manos? Y si llega, ¿no se la arrebatarán otras manos menos limpias y más hábiles? Si el hijo no tiene entonces capacidad para desenvolverse, capacidad que nadie podrá arrebatarse, ¿qué será de él? Si no se le ha dejado otra herencia que la del dinero, al hijo se le hace desgraciado.

Además, el entendimiento del hijo no puede quedar vacío. Si los padres no lo llenan con doctrina sana, otros se encargarán de llenarlo con doctrina perversa. Porque esa inteligencia vacía que ha sido creada para ver y que tiene una capacidad infinita, esa inteligencia buscará luz como la buscan los ojos del cuerpo, y si en la niñez no se ha infundido siquiera allí un hilito de luz, un

hilo que le sirva de conductor y de guía a través de lo que se le presente, a través de su existencia, un rayo de luz verdadera que le sirva de regla para discernir lo que es bueno de lo que es malo, esa inteligencia se avalanzará sobre lo primero que se le presente con apariencias de verdad, aunque sean doctrinas anarquizantes, y eso será la norma de los actos siguientes de su vida a falta de doctrinas mejores que se le debían haber dado y no se le dieron.

Ahí está la actividad furiosa con que los enemigos de la religión, de la familia y de la sociedad, buscan inteligencias que invadir con el veneno de sus doctrinas. También se acercarán a ciertos hogares para conquistar esos hijos aunque sea a través de una invitación al cine, para meterles por los ojos, envueltas en luces y color, las mentiras de una doctrina antirreligiosa y anti-social. Y los primeros perjudicados son los mismos padres, porque lo que va contra la religión va contra ellos. Ya no tendrán derecho a quejarse de que el hijo no les respeta cuando permitieron que se le enseñara a quebrantar todo respeto y a burlarse de toda autoridad. ¿Por qué va a quedar incólume la de ellos?

La ignorancia, la falta de instrucción, he ahí el gran peligro del orden moral y del orden social.

Peligro para el orden social. Ahí están esas masas de obreros, hasta hace bien poco dóciles a la autoridad, hombres pacíficos que ganaban silenciosa y tranquilamente el pan para sus hijos, soliviantados de pronto. ¿Qué ha sucedido? Carecían de instrucción, vinieron los enemigos de la sociedad y de la Iglesia, sembraron en su inteligencia vacía de doctrinas las doctrinas

subversivas, y ahí están arrastrados hacia donde ellos mismos ignoran. No los han pervertido siquiera. ¡Los han engañado! Porque si esas pobres gentes que son buenas, que quizás debajo de ese pecho fuerte y abultado ocultan un corazón de oro, si esos pobres obreros hubieran recibido a tiempo la instrucción necesaria, esa instrucción que no consiste sólo en saber leer y escribir, sino que capacita el entendimiento para discurrir y discernir lo bueno de lo malo y para no dejarse engañar, hubieran comprendido que esas predicaciones de los modernos redentores no tienen más que un fin: el de lanzar al obrero por delante para que, pisando sobre él, puedan ellos subir a los puestos de arriba.

Pero de esto, algo de culpa nos cabe a todos; porque los habíamos dejado abandonados, y vino el enemigo y se llevó lo que nosotros no habíamos atendido. La ignorancia es uno de los mayores peligros del orden social.

Y es además el gran peligro del orden moral. La conducta del hombre podrá acomodarse, o no, a las ideas que tenga; podrá ser de ideas excelentes y su conducta, en oposición a esas ideas, malísima. De esto no se puede dudar. Pero tan cierto como esto es que el que no tiene ideas, que el hombre cuya inteligencia carece de una norma de moralidad y que vive sin convicciones de ningún género, es el campo más abonado para que germinen todos los vicios; es la mejor condición para que el hombre sea llevado y traído por las pasiones propias y ajenas. Ajenas también, porque un hombre así es juguete de los vivos que se aprovecharán de su ignorancia.

Claro que esa instrucción no pueden dársela en su totalidad los padres a sus hijos. Para eso están los maestros, pero lo que sí corresponde a los padres es mirar qué maestros y qué colegios escogen para sus hijos, mirar en qué manos los ponen, no sea que en vez de ponerlos en manos dignas que continúen en ellos la obra comenzada en la intimidad de su casa, caigan en manos inhábiles o deformadoras que arranquen de su alma la fe y el amor que se les había infundido. Sí, a los padres corresponde velar porque a sus hijos se les dé la instrucción debida. No importa que se trate de la escuela que se trate, o del colegio que sea, aunque sea gratuito u oficial. Es un derecho a que no pueden renunciar los padres y un derecho que se convierte en obligación; porque si a la consecuencia de la falta de instrucción, y de una instrucción laica o antirreligiosa, los hijos salen desgraciados, el estado no va a encargarse de ellos. Serán los padres y siempre los padres, la familia la que sufra el rigor de las consecuencias.

Los padres que quieren que sus hijos conserven la fe de sus mayores, si no quieren que mañana en su familia pueda señalarse con el dedo a alguno diciendo: "ahí está el apóstata", tienen que procurar que sus hijos reciban una educación religiosa sólida y bien fundada. Que no se contenten con creer, sino que sepan por qué creen. Porque si antes bastaba saber el catecismo de carretilla y los artículos de la fe, hoy, rodeados como estamos de doctrinas impías y de un disimuladísimo materialismo, no le basta al joven cristiano eso; es necesario que sepa la razón de sus creencias deshaciendo los sofismas de los incrédulos y reaccionando ante el mal ejemplo de los indiferentes.

M A T R I M O N I O

La educación religiosa que bastó a nuestros abuelos para ser buenos católicos, no basta a nuestros hijos, porque el ambiente y las circunstancias han cambiado y exigen otra cosa. Cuántos padres católicos que han vivido como cristianos, practicando lo que creen, y creyendo en la eficacia de lo que practican, no saben dar más que esta respuesta: “Nuestros padres nos enseñaron esa religión y sabemos que es la verdadera.” Creen firmemente, y como razón de esa fe no tienen más que ese sentimiento íntimo que se forma con la educación cristiana y que no sabrá formular razones filosóficas ni argumentos silogísticos; pero que produce el convencimiento íntimo de que ese Dios existe porque sin El, no se explica nada.

Pero eso que les bastó a ellos, no basta a sus hijos. Porque cuando les pregunten por qué creen y por qué adoran a Cristo no les bastará con contestar: “Porque le adoraron nuestros padres”. Es necesario que tengan la formación intelectual suficiente, para subir de la región de los sentidos a la de la inteligencia y de la región de la inteligencia, siguiendo esos hilos de verdad y de belleza esparcidos por el mundo y la cultura, que no son más que reflejos ténues del foco de belleza y de verdad que brilla en lo invisible, sepan elevarse siguiendo esos rayos hasta Dios, para desde allí bajar de nuevo la vista y contemplar todas las realidades a la luz que Dios refleja y ver cómo en la región opuesta, en la región de la oscuridad, de la ignorancia y de las sombras que no está iluminada por Dios, se mueven los incrédulos y los réprobos; y decir entonces a quines les piden razón de su fe: he ahí el mundo dividido en dos regiones, y yo amo la religión porque soy hijo de la luz y quiero vivir en la región de la claridad y de la belleza.



VI
EDUCACION MORAL

EN el niño hay una mezcla de grandeza y de pequeñez. Dentro de su cuerpo tierno y sonrosado existen en germen dos fuerzas contradictorias que algún día se han de desarrollar y entablarán una lucha que no terminará más que con la muerte. Dentro de ese niño existen un ángel y una bestia: un ángel de alas blancas, de mirar de cielo que respira pureza y sonríe con encantos de gloria; y junto a él existe dormida una bestia, un animal inmundo que arroja baba asquerosa por la boca, que produce un rugido sordo y no tiene otras aspiraciones que revolcarse en el cieno de la inmundicia. Son las dos partes de nuestro ser, la parte espiritual que sale limpia de las manos del Creador, esa parte que mira al cielo, que aspira a las alturas, y esa otra parte baja: nuestra sensualidad, que no busca más que el placer grosero, que vive y se alimenta del fruto de la pasión saciada, de la pasión ruín que huye de todo lo que es luz, pureza y hermosura.

Y se entablará la lucha entre el ángel y la bestia, entre la espiritualidad y la sensualidad, y la bestia querrá manchar las alas del ángel primero, después cortárselas, y el ángel forcejeará por librarse de la bestia y levantar el vuelo a regiones más puras. Y la educación moral consiste en ayudar a matar la bes-

tia para que viva el ángel y pueda volver a la región purísima de donde bajó. ¿Cómo conseguirlo?

La educación moral tiene dos extremos o dos partes: la primera se refiere a los padres, a segunda se refiere a los hijos.

No sabríamos decir dónde existe mayor dificultad, si en la primera o en la segunda. No sabríamos decir qué es más difícil: ser buen padre o ser buen hijo. Lo que sí es cierto es que el noventa y nueve por ciento de las educaciones deficientes o desgraciadas no obedece a la mala disposición del hijo sino a la torpe conducta de sus padres. Claro que la culpa se debe ordinariamente al hijo que es un travieso, que no respeta a sus padres, que no quiere más que jugar, que oye las advertencias de su madre como quien oye un cuento. Pero, ¿quién tiene la culpa? Ordinariamente, los padres. Los padres que no tienen la suficiente energía para imponerse a sus hijos. Y mientras no se impongan, todo lo que hagan será inútil cuando no perjudicial. Imponerse a los hijos, he ahí todo el secreto de la educación.

¿Cómo conseguirlo? Por la entereza y la suavidad combinadas. Primero la entereza. Que esté convencido el hijo de que tiene que hacer lo que se le manda. Que no le valdrá llorar ni patear. Porque desde el momento en que el se convenza de que con sus lloros o con sus rabietas ha de haceros cambiar de semblante, y que en vez del castigo prometido acabéis por darle un beso, estáis perdidos. Ese hijo acaba mandando más que vosotros. Que no vea él que la mamá tiene un corazón tan tierno que una

lágrima suya la ablanda. Es necesario que esté convencido que tiene que hacer lo que se le manda por encima de todo y que si se le impone un castigo ha de cumplirlo por encima de todo. Los padres han de pensar bien antes el castigo que imponen; pero una vez impuesto, deben cumplirlo si quieren salvar su autoridad. Que si se le ha dicho que mañana no saldrá de casa, que no llegue ese mañana y, al mediodía, pareciéndoos mucha crueldad os compadezcáis, le abraís la puerta y con un ¡pobrecito!. Este “¡pobrecito!” será el grito de triunfo del hijo y la señal de la derrota de los padres. No, que esté todo el día en casa y si da guerra se le encierra en una habitación y que allí patalee y llore hasta que se canse. Más vale que le hagás llorar de niño que no que os haga llorar a vosotros él, después, de hombre.

No es fácil calcular lo que desmoraliza al niño cuando el padre le impone un castigo y en seguida viene la madre a consolar al hijo y a reñir al padre porque le ha castigado. O, si le castiga o le pega la madre, ha de venir el padre a decirla que le deje. Así se desautorizan el uno al otro mientras el hijo triunfa de los dos. ¡Qué caras se pagan después todas esas blanduras! Si desde niño comienza el hijo a ver por el suelo la autoridad de sus padres, ¿qué de extraño tiene que después siga él pisoteándola?

Sin embargo, no quiere decir todo esto que haya que tratarlos a latigazos. Decíamos antes que en ellos mora un ángel y una bestia. Para la bestia la entereza y el rigor. Para el ángel el cariño y la suavidad. Si se deja coger brios a la bestia, bramará y se revolverá al sentir el trallazo de la corrección y

del castigo. Pero, no asustarse si ruge la bestia. El ángel batirá sus alas de contento.

Ese ángel hay que alimentarle con amor. Es la importancia que tiene la entereza en la educación. Mayor es aún la del amor. Son los dos elementos inseparables. El amor sin entereza se convierte en pamplinería. La entereza sin el amor se convierte en crueldad. Que el hijo vea que lo que mueve el látigo no es más que el amor; que no es el despecho ni siquiera el enfado o el mal humor; sino el deseo de su bien, que un día sea hombre que ostente con dignidad los apellidos de sus padres. Que nadie les pueda decir algún día lo que San Juan Bautista dijo a los fariseos. Predicaba el Bautista y se acercaban ellos a murmurar de su doctrina. Reprendía el Precursor su hipocresía y los llamaba "descendencia de víboras." Los fariseos intentaban justificarse diciendo: "Tenemos a Abrahám por padre". ¡A Abrahán por padre! les replicaba el Bautista. "Yo os digo que Dios puede convertir estas piedras en hijos de Abrahán". Y señalaba a las rocas del desierto. Porque al hijo no le salvarán ni le justificarán, ni el nombre, ni la virtud, ni la dignidad de sus padres!

Pero, dejemos ya de insistir en los padres. Insistamos ahora en la educación de parte de los hijos. Lo primero que hay que hacer con relación al hijo es estudiar sus cualidades, sus propensiones. Suele decirse que el niño cuando es pequeño está como un pedazo de cera. Esto no es muy exacto; porque todo niño, como decíamos, lleva dentro de sí una serie de fuerzas y

de inclinaciones que están como adormecidas en los primeros años de la niñez y que comenzarán muy pronto a manifestarse. Y se manifestarán primero en cosas muy pequeñas. Ese niño que así que se le niega algo rabea y patalea, no hace más que dejar apuntar una entereza de voluntad, que, si no se le domina al principio y se le encauza, podrá más que sus padres algún día.

La primera atención de los padres ha de ser fijarse en esas inclinaciones que despiertan. ¿Para qué? ¿Para contradecirlas todas? No. Esas inclinaciones inconscientes no son malas. Por consiguiente, no hay que destruirlas. Lo que hay que hacer es reformarlas, dirigir las, cuidar de que no se tuerzan. Y eso es tanto más fácil, cuanto el niño es más tierno. Si se le deja crecer con ellas, esas tendencias se le convertirán en costumbres y llegará a ser muy difícil corregirlas, si no llega a resultar imposible. Se compara vulgarmente al niño con las plantas tiernas. Al principio es fácil enderezar una planta; pero si se la deja crecer retorciéndose, cuando se endurezca ya no se la puede tocar, porque hay peligro de que se rompa.

Además, ese estudio de las cualidades y propensiones del hijo, es necesario para saber por qué camino hay que llevarle. Porque no a todos hay que llevarles por el mismo sendero. Sería un grave yerro trazarse un plan y aplicarle por igual, inflexible, a todos los hijos. Lo que resulta saludable y hasta necesario para uno será perjudicial para otro, y cuando los padres se proponen hacerlos pasar a todos por las mismas leyes como por un aro, corre el peligro o de que ese aro se rompa o de que los hijos

se malogren. Hay que tener presente el gran principio de que no se ha hecho el hombre para la ley, sino la ley para el hombre y que, sí, o por las disposiciones del hombre o de las circunstancias, o de cualquiera otra causa, se establece la alternativa entre el bien del hombre y la ley, antes que la ley es el bien del hombre, y de tener que pasar por encima de una de las dos cosas hay que pasar por encima de la ley: que se hunda la ley, pero que el hombre se salve.

Con dos obstáculos puede tropezar la labor eductiva: uno que está en el niño, otro que está fuera de él.

El primero es la falta de idea y de convicción. Si el hijo no está convencido de lo que le decís, vuestros esfuerzos serán valdíos. Podréis imponeros por la fuerza y hasta estaréis obligados a hacerlo; pero mientras el hijo no esté convencido de que tiene que obrar así, mientras vosotros le digáis por fuera una cosa y él lleve otra por dentro, callará porque no le queda otro remedio; pero así que salga de ese ambiente, toda la obra educativa se irá por el suelo. Por eso inculcábamos ante la necesidad de nutrir su inteligencia con doctrinas sanas. Si se descuida esta parte, se edifica sobre arena movediza y la obra se la lleva el aire.

Otro obstáculo, el que está fuera del niño, es el del ambiente que le rodea. Son las compañías y los espectáculos. ¿Qué se adelanta con vivir dando consejos a los hijos cuando están en casa, si no se controla su conducta fuera de ella? Quizás a la esquina les está esperando una amistad que desbarata todo eso, que

no eran más que palabras buenas, y no es de extrañar que muchas veces los padres tengan que lamentar la inutilidad de sus esfuerzos.

¡Cuántas veces se gozan los padres de que el hijo o la hija juegue y se divierta, sin atender a las compañías con que lo hacen, con las que va dejando a jirones la blanca túnica de la inocencia y de las buenas intenciones...!

Recordemos el caso de San Agustín, corazón de fuego e inteligencia de ángel, que frustró por mucho tiempo los consejos de su santa madre Mónica, porque lo que ella hacía y ganaba en casa se lo deshacían fuera las malas compañías del hijo. Claro que al fin triunfaron las lágrimas, pero triunfaron porque eran lágrimas de madre excepcional y lágrimas de madre santa. Aquellas lágrimas llegaron a apagar el fuego de las concupiscencias del hijo y, ahogada la bestia, se levantó de nuevo regenerado y bello el ángel de la inocencia y de la pureza caídas.

Hay que matar esa bestia que mora en los hijos, para que triunfe también el ángel que mora en ellos, Hay que dar luz de verdad a su inteligencia, calor de cariño a su corazón, el corazón y la inteligencia que son las dos alas del ángel que vive en nosotros.

Limpias y fortalecidas estas dos alas, se elevarán a vuestros ojos a regiones nobles, y llegarán al fin a alcanzar la región de donde vinieron, región de luz y de claridades infinitas para la inteligencia, y de fuego y encendimiento soberano para el corazón.

VII
VALOR EDUCATIVO DE LA
DOCTRINA CATOLICA

L objeto de la educación es hacer al hombre perfecto. Es modelarle de tal manera que siempre, en todas las circunstancias y en todos los estados de su vida, obre y se conduzca dignamente. Y si esto es la educación, la única doctrina que puede realizar ese ideal es la doctrina católica. No existe sistema filosófico, religioso ni social, que sea capaz de hacer un hombre cabal más que la doctrina de Cristo.

En primer lugar la educación no consiste en formas exteriores, en esos formulismos aparentes que se aprenden en manuales de urbanidad. A menudo se oye decir que la educación consiste en saber saludar, en saber cuándo hay que quitarse el sombrero, cuándo hay que sentarse o levantarse, ponerse a la derecha o a la izquierda, o cuando hay que sonreírse. Tal educación es frívola, carece de base y, como todo lo que no tiene fundamento, cae a la sacudida del primer contratiempo. Es un fenómeno que se repite muchas veces en la sociedad, hombres bien educados con esa educación de manual, personas que saben de memoria todo lo que hay que hacer y lo que hay que omitir en el trato con los demás; que saben lo que impone y lo que exige cada una de las circunstan-

cias en que se encuentran y que, sin embargo, al menor contra-tiempo, ante el más pequeño disgusto se encolerizan y dan al traste con todas aquellas formas sociales. Es que no había más que apariencias de educación.

Y, con todo, el mundo y la sociedad casi no pueden ir más allá. No pueden dar más que eso. La sociedad puede imponer modas y señalar normas que hay que observar en el trato de unos con otros, pero no puede entrar hasta el fondo del alma. Y esto es precisamente lo que es necesario en la formación del hombre. Porque si el hombre no se constituye en razón de hombre por formas exteriores, sino por el espíritu, esas formas de fuera no pueden perfeccionarle, hay que irle al fondo del alma y modelar el espíritu; primero en lo que se refiere a sí mismo y después en lo que se refiere a aquéllos entre quienes vive.

Ese es el orden de la educación: primero la reforma interior, dar forma de cristianismo y de caballeridad al espíritu; después imponer ese orden a nuestras relaciones con los demás. No hay que invertir las partes, ni se puede suprimir ninguna de ellas. No hay que invertir las partes, porque querer comenzar por lo de fuera estando sin arreglar lo de dentro es querer comenzar a levantar la casa por el tejado, y querer suprimir una de esas partes es dejar la obra incompleta; porque si suprimimos las formas exteriores, contentándonos con la rectitud del espíritu interior, se podrá ser santo, pero para habitar un desierto, lejos de los hombres, sin trato ni comunicación con los semejantes; porque para el trato social son necesarias sobre esa rectitud interna, las

formas exteriores. Y si, por el contrario, y esto es lo más ordinario, nos quedamos con las formas exteriores, si, descuidadas la limpieza y rectitud del espíritu y la nobleza del corazón, no se atiende más que a aparecer bien delante de los demás, entonces tenemos una educación de hipocresía y de mentira. Porque sonreír al que se acerca y estrecharle la mano en señal de amistad, mientras en el pecho bulle la pasión de la envidia, v. gr., o se maquina contra él su perdición por cualquiera de las otras pasiones al acecho y al servicio permanente del egoísmo, todo eso es mentira social. Y, ¡cuántas veces las relaciones de sociedad no pasan de aquí!

Para que no sea eso mentira, es necesario que las formas exteriores no sean más que un reflejo de lo que hay en el fondo del corazón. Tal es precisamente la obra de la educación cristiana.

Para conseguirlo comienza por adiestrar las pasiones, que no son solamente un obstáculo para la purificación sobrenatural, sino que son el mayor enemigo de la formación aun natural y social del hombre. Porque, ¿qué impresión causa un caballero o una dama, poseídos de la pasión del orgullo, pero que se conducen bien y guardan todas las formas sociales? ¿Qué impresión causa? De repugnancia, porque detrás de aquellas formas delicadas se descubre un espíritu jactancioso que no piensa más que en sí y que se busca a sí mismo en todo. Y, pongamos en lugar de la soberbia cualquiera otra pasión o cualquiera otro vicio y veremos cómo la delicadeza del espíritu siente una repulsa natural, al descubrir a través de aquellas maneras lindas un espíritu siniestro y contrahecho. Claro que hay que disimular esa impresión como

se pueda, tapando así una mentira con otra. Por lo que, si nuestro trato ha de ser agradable y las personas que se nos acercan han de sentir satisfacción y contento en nuestra compañía, hemos de comenzar por dominar nuestras pasiones, para que, a través de gestos y palabras, se nos revele el espíritu despejado y recto. Eso prestará al trato un encanto, que inútilmente intentará la elegancia de etiqueta y de palabras.

Y no hacerse la ilusión de que los demás no se percatarán de nuestras faltas y fallos internos. Lo mismo que nos damos cuenta nosotros de los defectos de los demás, se la dan los demás de los defectos nuestros. Y para que no los vean, el mejor remedio es hacerlos desaparecer. Si no, un día u otro, en una o en otra ocasión, la más inesperada, todo nuestro interior se volcará y, caída esa careta de la urbanidad, apareceremos en presencia de los demás con toda la repugnancia de los espíritus desordenados, defectuosos.

Y, ¿cómo dominar las pasiones? Por la práctica del ascetismo cristiano. Es preciso elevarse al orden sobrenatural para realizar esa obra que no es una obra del hombre solamente; tiene que serlo al mismo tiempo del hombre y de Dios: de Dios que dará fuerzas al hombre para que desprenda tanta tierra, y del hombre que aligerándose de tanta tierra, podrá acercarse a Dios más. Hay que tener un motivo sobrenatural a que asirse para que cuando la pasión se encrespe, y elevándose con esa fuerza violenta con que tantas veces nos ha arrastrado mar adentro, quiera al fin, después de haber jugado con nosotros, estrellarnos

contra el acantilado de la costa, pueda el espíritu, superando esa fuerza, permanecer asido a la fortaleza de Dios

En segundo lugar hay que quitar la materia del apetito, huyendo de las ocasiones. Sin esto, todos nuestros propósitos quedarán frustrados, porque estando débil el espíritu, puestos en la ocasión, se cae.

En tercer lugar, hay que oponer a la pasión la práctica del bien. Hay que oponer al vicio la práctica de la virtud: porque el frío no se quita más que con el calor, el calor no se quita más que con el frío y el mal no se deshace más que con el bien.

Finalmente, para dar eficacia a tanto esfuerzo, hay que recurrir a la oración, que es acercamiento a Dios, para recibir de su cercanía sus propiedades y su fuerza.

Pero, supongamos que estamos ya libres de las pasiones desordenadas, que ya hemos logrado dominar esas tendencias aviesas, esos violentos impulsos que nos llevan arrastrados adonde no quisiéramos ir, adonde no quisiéramos haber ido, mejor dicho. Porque, después de satisfecha la pasión, cuando disipada aquella humareda que el fuego levantó, reflexiona el entendimiento y abrimos los ojos y nos damos cuenta de dónde estamos, dónde hemos venido a caer, nos avergonzamos de lo hecho. Supongamos que ya hemos dominado las pasiones. ¿Cuál es el estado de nuestro espíritu?

Lo primero es la claridad del entendimiento. La luz de la inteligencia luce serena porque ha desaparecido aquel vaho que

se levantaba de las pasiones y oscurecía la luz del juicio. Se arraigan y de desarrollan las convicciones adquiridas sobre Dios, sobre el orden sobrenatural, sobre el catolicismo, sobre el centro de todo, que es Cristo. ¿No hemos observado uno de esos días de niebla densa que nos impide gozar del sol? Se entabla una lucha entre el sol y la niebla, el sol quiere enviarnos sus rayos, y la niebla que se interpone. Hay momentos en que parece que vence el sol y comienza a verse, pero vuelve a acercársele la niebla y así dura la lucha hasta que el sol termina triunfando, despide a flechazos a la niebla y queda para él todo el espacio. Gozamos entonces de su luz, de su calor, de su bendita y benéfica influencia. Algo así pasa con la inteligencia y las pasiones. Porque son éstas como niebla que impide brillar al entendimiento, y cuando las pasiones son fuertes, cuando la niebla es densa, la luz intelectual no nos alumbrá; pero, se entabla la lucha entre el espíritu y la materia, y hay momentos en que parece que triunfa la razón y brilla la luz, pero vuelven a imponerse las pasiones y ocultan de nuevo al sol; más, al fin, si éste triunfa, queda el alma bañada en luz y vivificada con el calor de la gracia y de la claridad.

A este despejarse el entendimiento como consecuencia del amortecimiento de las pasiones, síguese el fortalecimiento de la voluntad. La voluntad y las pasiones son dos fuerzas opuestas; la una crece a expensas de la otra. Cuanto las pasiones son más fuertes la voluntad es más débil, y, a medida que va la voluntad adquiriendo energías, van perdiéndola las pasiones. Por eso, cuanto menos pasiones tengamos seremos más hombres; porque

seremos más dueños de nosotros mismos, dueños de ese yo que es tan difícil de conquistar, porque el vencerse a sí mismo es la más grande de las victorias, la más difícil de las conquistas. Y como las convicciones brillan más claras en el entendimiento y la voluntad está más fuerte para llevarlas a la práctica, las acciones externas no serán más que un reflejo de esa luz interior, una imagen de ese orden y de esa limpieza del espíritu.

Y hemos llegado a las formas exteriores. Ahora, después de reconocer esa limpieza interior, cuando todo está ordenado dentro, qué bien pegan esas apariencias de fuera! Ya no son postizas como en el caso de que hablábamos al principio. Diríase que lleva el hombre un foco dentro del alma y esa luz irradia al exterior iluminándole todos sus actos, sus palabras y sus modales. Todos nos hemos encontrado en nuestra vida alguna vez con alguna persona así. No sabemos por qué, pero todo cautiva en ella; no sabemos qué tienen sus palabras, sus modales, hasta su mirada, pero nos parece verlo todo bañado de luz y de dulzura. Es el espíritu bueno que sale fuera, es el reflejo de la gracia, que está dentro. He ahí el ideal de la educación.

Como vemos, el proceso es inverso al que se sigue. Ordinariamente se procede de fuera adentro, o, por mejor decir, todo se queda afuera. Aquí hay que proceder al revés. Se termina fuera y se comienza dentro. No es la conducta exterior un reflejo de los libros, de los manuales de urbanidad: es reflejo del interior del alma.

Claro que esta segunda es mucho más difícil que la primera,

pero también vale infinitamente más y, mientras aquélla está limitada a su tiempo y a un lugar, porque cada lugar y cada tiempo tienen sus formas y sus costumbres, la educación cristiana completa vale para todos los lugares y para todos los tiempos.

VIII
CONSECUENCIA DE
LA EDUCACION

EXISTEN en el mundo dos imperios, sólo dos: el de la luz y el de la oscuridad. Es necesario que el hombre tire por uno o por otro. No existe medio. Son el reino de Cristo y el reino de los ángeles apóstatas, del demonio. Son aquéllas dos ciudades que veía el genio de San Agustín: la ciudad de Dios, donde hay claridad, armonía y belleza, y la ciudad o sociedad de los malvados, donde impera el ambiente del mal, del desorden, de la confusión y de la muerte. ¿Por cuál de ellas decidiremos a nuestros hijos? La respuesta a esto se da con la educación. Una educación cristiana empujará a los hijos hacia esa ciudad o sociedad de los buenos, reino de Cristo, ciudad de Dios, imperio de la luz, del amor y de la gracia. Una educación frívola les arrastrará insensiblemente a la sociedad con el mal, con las tinieblas confusas de la sociedad que, a la distancia que se quiera, preside el demonio.

Y no hemos hablado de sociedad con el mal, porque a ella no se va solamente con una educación malvada, sino también con una educación frívola, porque esa educación que no parece buena ni mala, que se contenta con que los hijos guarden las formas sociales, y prescinde de que en su pecho se desarrollen o no

los apetitos y las pasiones, esa educación dará con los hijos en la ciudad del mal, en el reino de la confusión que está frente por frente, enfrentado con el reino de Dios. Y es que no basta no empujarles al mal, hay que empujarles al bien. La naturaleza tira siempre a la izquierda y si se la deja seguir su impulso irá a parar insensiblemente a la región de las desviaciones, de la confusión y del desorden.

Por eso, si en la educación existe un término medio, en el efecto y en las consecuencias de ella no existe. Los hijos serán o buenos o malos, hombres sensatos, mujeres dignas o, por el contrario, hombres sin dignidad, jóvenes frívolas y, tarde o temprano, mujeres sin honor. En definitiva, Cain o Abel, por otra parte.

Y es que la educación es lo que da a cada uno el concepto de la vida, el concepto de sí mismo; es lo que determina el modo de ver a Dios y las relaciones del hombre con él. Y este diverso modo de ver las cosas, nacido de la diferencia de la educación, es lo que determina la conducta, la vida entera del hombre.

Por eso cada uno ve las cosas del mundo de una manera. Unos concebimos la vida como una batalla por conquistar, un mundo superior, una tierra de promisión que mana leche y miel, reino de Dios prometido a quienes luchan valientemente y perseveraron hasta el fin, a los que con heridas o sin ellas, con el alma y el cuerpo limpios, sin haber posado el pie sobre el lodo del mundo, o a los que sangrante el cuerpo, llenas de vendajes las piernas, acribillados por los tiros del enemigo, llegan con la bandera en alto hasta la fortaleza inexpugnable de la gloria para recibir allí al mis-

mo Dios por galardón; que Dios es el galardón de esos predestinados. Para otros, en cambio, el mundo y la vida presente lo es todo. Niegan que existen regiones más altas ni ulteriores, regiones a las que no se llega si no es atravesando el túnel oscuro de la tumba, y en esta vida constituyen todo lo que es y todo lo que vale el hombre. Y si esto fuese así, ¡qué poco valdriamos los hombres! Hay, en fin, otros que ni niegan ni afirman, porque entretenidos en las cosas del día, no levantan la cabeza ni tienden la vista para ver si descubren más allá del horizonte resplandores de otras luces, reflejos y señales de otra vida que sea el eco, la resultancia de esta vida de la tierra. Y cada uno de estos obrará distintamente, porque, para cada uno de ellos tienen las cosas de esta vida un valor y una trascendencia completamente diferentes.

Y esta diferencia de apreciación obedece a muchas causas; al propio carácter, la capacidad mental, los estudios realizados. Pero, sobre todo, la educación. Nada determina tanto nuestro modo de ser en el mundo, la vida y lo que nos rodea, como la educación recibida, ese medio ambiente en que nos hemos formado física, intelectual y moralmente. Un chico del arroyo no puede concebir el mundo y la vida como otro que ha nacido en medio de la buena sociedad, que ha recibido instrucción, que se ha visto rodeado de buenas formas. Serán dos modos completamente distintos de concebir las cosas; el primero no buscará en la vida más que el placer y cuando más grosero mejor; cree que no hay otra razón de existir, porque no la ha visto y ni siquiera sospecha que pueda haber otros deleites que el de revolcarse en ese ambiente en que nació y en el que continúa viviendo.

Y así, mientras que el católico tiene (debe tener) por norma la caridad y la justicia; la caridad que nos obliga a disimular los defectos de nuestros hermanos y la justicia que nos obliga a reconocer sus virtudes y nuestros defectos; mientras nosotros aspiramos a una unión cordial de todos los hombres sin distinción de clases, porque Jesucristo, que está sobre todas las clases, se acercó a todos los hombres; mientras nos esforzamos por inundar de luz a los que siguen en el error, en la equivocación o en la oscura ignorancia, mientras oramos por los que nos persiguen y amamos (debemos amar) a los que nos calumnian, los que recibieron una educación contraria a ésta se levantan declarando la lucha de clases como un principio de orden social, lucha fratricida que disgrega no sólo los pueblos de una misma nación, sino hasta los miembros de una misma familia; y esos hombres que reniegan de Cristo y del Evangelio para seguir otro evangelio y otro cristo artificial y fatal, el evangelio de la discordia y el cristo que en vez de morir por los hombres hace morir a los hombres para acomodarse él. Es la lucha de la luz con las tinieblas, lucha que comenzó en el principio de los tiempos y que no se terminará más que cuando el ángel gigantesco del apocalipsis, poniendo un pie sobre el mar y otro sobre la tierra cierre la sucesión de los siglos diciendo en nombre de Dios que ya no habrá tiempo.

Pero dejemos la mala educación, porque nadie la desea para sus hijos. Fijémonos solamente en los efectos de una educación ligera y frívola. ¿Cuál es el resultado de esa educación, que es la más ordinaria?

Levantemos los ojos y tendamos la vista por la sociedad.



¿Qué vemos? Una multitud de jóvenes frívolas, enloquecidas de amor, pero de un amor tan ligero que se paga de un piropo que les dicen por descuido. Jóvenes que a los veinte años no han comenzado todavía a pensar en lo que es la vida y en lo que será para ellas el porvenir: que viven del momento, que no se preocupan más que de su salida de tarde y del espectáculo de la noche para acostarse rendidas y volver al día siguiente a pensar en lo mismo, sin que su vista ni su pensamiento se extienda más allá de las veinticuatro horas. ¡Frivolidad! ¡Frivolidad! ¡Qué será de esas pobres criaturas cuando la vida se les presente en su gravedad, cuando, corriendo así enloquecidas, lleguen, sin pensarlo, a la sima que se abre delante de ellas, y al asomarse al hondo del abismo asustadas al ver aquella negrura sin fondo, quieran echarse atrás y no puedan! Porque la vida es algo más serio que un baile o que un estreno, y esas dificultades de la vida no se arreglan con hacerse el desentendido, para ver si se pasan. Son dificultades que se presentarán ante ellas, quieran o no recibirlas, y son dificultades cuya solución no se puede improvisar como se improvisa una buena toilette ante el espejo. Porque si después de haberlo pensado mucho y de haber medido bien las distancias y las fuerzas, todavía, llegado el momento difícil, fracasamos, ¿qué será cuando se presente la dificultad sin haber reflexionado nada?

Y es que esas jóvenes creen que todo lo conseguirán con una falda a la última moda y sus potes de pinturas. Porque si es que por aquí se planea la conquista de un hombre, ese hombre que venga por ese camino será aún más frívolo todavía. ¡Un hombre frívolo! He ahí su conquista, he ahí su suerte; porque

si cada pueblo tiene tantas veces el gobierno que se ha merecido, a cada mujer da Dios también de ordinario el marido que le toca y a cada hombre la mujer que le corresponde, como dice el Eclesiástico: “La mujer de valer es una fortuna y los que temen al Señor la tendrán”.

Pero conviene que las jóvenes tengan entendido que serán ellas las que paguen con sus lágrimas sus frivolidades, porque ese hombre frívolo, cuando vea la verdad de cerca se desenamorará con la misma facilidad con que se había enamorado y las que más perderán son ellas, porque la que pierde en estos negocios siempre es la mujer. . .

Una mujer no tiene más remedio que ser buena si aspira a ser querida con un amor que la haga feliz. Esas jóvenes sensatas y honestas, que saben apreciar en lo que vale el retiro de su casa, que son poco amigas de ser vistas y enemigas de exhibirse ante públicos dudosos; que visten con modestia y en cuyas acciones brilla el resplandor de su espíritu angelical, he ahí la joven netamente católica e hispánica. Pocas exhibiciones de mercado y pocos disfraces necesitará ante los atractivos de su espíritu, y, aunque estuviese todo el día en su casa, sus atractivos irresistibles brillarán muy lejos y nunca será desgraciada. El día que forme un hogar, un hogar con el hombre que Dios le concederá según sus méritos, ella será esa mujer que describe el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura: “Dichoso el marido de una mujer buena; el número de sus días será doblado. La mujer de valer alegre a su marido, cuyos años llegarán en paz a la plenitud. La

mujer de valer es una fortuna. Los que temen al Señor la tendrán. Un don de Dios es la mujer callada y la discreta no tiene precio. Gracia sobre gracia es la mujer honesta y no tiene precio la mujer casta. Como resplandece el sol en los cielos así brilla en su hogar esa mujer.” (Eclesiástico.)

En cambio, ¡qué cuadro más siniestro en el que el Espíritu Santo describe a la mujer liviana!: “Yunta inquieta es la mujer mala. Tocarla es como tocar un escorpión. Del todo enojosa es la mujer dada a la bebida, que no ocultará su vergüenza. La liviandad de la mujer se muestra en el descarado de su mirada, y en el pestañear de sus ojos. Sobre la hija indócil redobla la vigilancia, no sea que hallando ocasión la aproveche. Vigila sin cesar a la descarada y no te maravilles si te la pega” (Ib.) Y, sobre todo, dice el Espíritu Santo: “La mujer impía es el castigo del indigno”.

De los padres de familia depende escoger uno de estos dos retratos para sus hijas. Y no se les aplicará más que el que resulte de su educación. Y nada de pensar en que ahora puede vivirse frívolamente y que desde el día en que se casen se harán serias y formales mujeres. Una ilusión más. La mujer buena es cosa demasiado preciosa para que pueda improvisarse.

Hay que comenzar a ensayar y a ser lo que se va a continuar después. Ni hay que vivir demasiado antes de tiempo las cosas. Joven que vivió el amor antes del matrimonio se acercará a él hastiada ya o con aguante para muy poco tiempo. Y, ¡qué vida más triste se asoma por ese camino!

Autor de tantos equívocos morales como Jardiel Poncela, realiza este diálogo entre dos mal casados que comienzan a bostezar su equivocación:

Armando:— Mi amor fracasado no creerá nunca más.

Margarita— Creerá siempre.

Armando— Y el tuyo, fracasado ahora, ¿volverá a creer?

Margarita— Ya no creerá nunca. Nuestros casos son distintos. En nuestra aventura, tú has ganado y yo he perdido.

Armando— ¿Qué he ganado yo?

Margarita— La sabiduría para ser de muchas mujeres.

Armando— ¿Y tú qué has perdido?

Margarita— La esperanza de ser para un solo hombre.

Sobre esas consecuencias inmediatas de la educación, consecuencias que la mayoría de las veces llegan a ver los padres en sus hijos, consecuencias que si son buenas hacen dichosos los días de su vejez y que si son malas amargan los últimos años de su existencia, sobre estas consecuencias inmediatas existen otras que vienen más tarde, pero que en cierto modo son más terribles o más sublimes, según la educación buena o la educación mala.

Me refiero a que esa educación no sólo regulará las acciones de los hijos, sino después regulará las acciones de los hijos de esos

M A T R I M O N I O

hijos; porque si ellos reciben buena educación, buena educación darán a sus hijos y, si ellos la reciben mala, peor se la darán aún a sus descendientes. Que mediten, pues, los padres la trascendencia de su labor, por la que se hacen responsables en gran parte de tantos actos y de tantas vidas. Actos y vidas que se les imputarán en castigo si son malas; actos y vidas que se les imputarán en premio y gloria si son buenos. Castigo temporal y eterno, como también premio aquí abajo y en el más allá.

IX
LA COLOCACION DE LOS HIJOS

LAV A
27/4/81

LA colocación de los hijos es la última obligación de los padres, es el último problema grave que se les presenta con relación a los hijos. Porque una vez que el hijo sale de la potestad paternal y saliendo del hogar en que nació va a fundar otro o a consagrarse a Dios, los padres pueden decir que acabaron su misión con relación al hijo, aunque quede siempre en el corazón el calorillo del amor y aunque no se pierda nunca de vista al hijo querido hecho ya hombre.

Y, ¿cuál es el deber de los padres en la colocación de los hijos, cuál es la actitud que han de adoptar en ese momento, quizá decisivo, en que el hijo se decide a escoger estado y a dar una orientación y un rumbo a la vida?

Si se le ha educado bien, no hay que temer: su espíritu, bajo el suave impulso del espíritu de Dios se inclinará al estado que le corresponde, irá sin perplejidades a ocupar el puesto que Dios le tiene señalado en la sociedad. El buscará su centro. Guiado por las ideas sanas que se le han infundido, acostumbrado a mirar el mundo y la vida a la luz de la fe y de la religión, esa luz que descende de arriba y que al chocar con el alma ilumina con sus

reflejos los pasos del hombre y las cosas que están en su derredor, él se dirigirá con paso firme al lugar y al estado de su santificación.

El irá, sí, porque no son los padres los que han de determinar el estado, ni el momento, ni las circunstancias esenciales de la colocación del hijo. Los padres no tienen que hacer más que dos cosas: aconsejar y facilitar la realización.

No, no son los padres quienes tienen que determinar el estado en que ha de vivir su hijo; porque si ni siquiera está en la potestad del hijo escoger el estado que le plazca, sino que tiene que escudriñar los designios de Dios para ir allí donde el dedo del Omnipotente le señala el puesto, si no está en la potestad del hijo y eso que es quien va a vivir en ese estado, ¿como va a estarlo en la potestad del padre señalarle a su antojo?

Y sin embargo de ser esto una cosa tan natural, ¿cuánta ignorancia y cuántos yerros cometen los padres en este punto! Porque no solamente se señala al hijo, quizás desde que nace o antes de nacer, el estado en que se le ha de colocar, sino que, si llega el momento, y el hijo en el ejercicio de su derecho, de un derecho que está por encima de todos los derechos de los padres, dice que quiere escoger tal estado, si ese estado no es el que se les había antojado a los padres, si es un estado que no favorece las miras egoístas e interesadas de los padres, se levantan éstos en guerra contra el hijo o la hija, y tratan hasta por medios ilícitos de estorbar la realización de los deseos de sus hijos. ¡Actitud injusta, abuso de autoridad, tanto más reprobable cuanto que se refiere a la más sagrada de las autoridades como es la autoridad

paterna! Y sin embargo existe, y existe lo mismo con relación al hijo que quiere consagrarse a Dios en el estado sacerdotal o religioso que con relación al que desea vivir en el estado del matrimonio.

Nosotros conocimos un joven que deseaba consagrarse a Dios en el estado religioso, porque su espíritu delicado no podía vivir entre la baraúnda del mundo. Y un día reveló su deseo a su padre, y aquel que había formado otros planes sobre su hijo, designios en los cuales se posponía el bien y la felicidad de su hijo a los intereses materiales de la familia, el padre exclamó fuera de sí: "¡Antes te vea muerto que fraile!". Y esto, es aún más frecuente entre hijas que declaran a sus padres sus deseos de abrazar la austeridad del claustro. ¡Qué nociones tendrán esos padres de la felicidad de sus hijos y, sobre todo, qué ideas y conceptos sobre la religión!

Hay dos concepciones erróneas sobre el estado religioso, dos concepciones que están igualmente distantes de la realidad porque son concepciones extremas y la realidad está, como casi siempre, en el medio.

Para unos, la vida religiosa es el estado más fácil, la vida más descansada y llevadera, donde no se trabaja, donde, desentendidos de los negocios que punzan en el mundo, se vive en un descanso y en un ocio continuos.

No, no es verdad tanta mentira. No es tan dulce la vida religiosa. La prueba es que no suelen meterse a frailes los que



asi piensan y buscan la comodidad en otra parte. En la vida religiosa, como en todos los estados, hay que trabajar, a no ser que no se llame trabajar más que a arar la tierra. Trabaja el general de un ejército todo el día sentado ante la mesa preparando el plan de combate que ha de llevar a los soldados a la victoria; trabaja el ingeniero sentado que calcula las distancias y las formas de una obra; trabaja el abogado que prepara la defensa del inocente rebuscando leyes que favorezcan su libertad, como trabaja el religioso en el recogimiento de una celda estudiando el modo de santificarse a sí mismo y de ayudar a santificar a los demás convirtiendo su convento en templo y universidad a un tiempo. Si no trabajase el religioso, no tendría cara para presentarse en la sociedad, en el púlpito, en el confesionario, en ningún sitio. La vida religiosa, bajo esas formas suaves en que, de ordinario se presenta el religioso, es vida de mucho trabajo y de mucho sufrimiento también.

Claro que no todo es trabajo, ni todo sufrimiento. Hay en ella, como en todos los estados, sobre esa parte difícil, otra más fácil y más alegre, más alegre quizá que en los demás estados. O, ¿es que la religiosa de clausura, esa joven elegante y atractiva una vez que puso el pie dentro, encerrada para siempre en su convento, no tiene alegrías grandes, alegrías íntimas? Si no las tuviera, esa vida sería imposible, porque nosotros los religiosos también tenemos corazón dentro del pecho, un corazón que sabe amar y sentir como el que más. Si en nuestra vida, detras de los rigores y de las privaciones que sufrimos no hubiera un fondo de alegría y de amor, no podríamos vivir. Nuestro espíritu, que

ha sido creado para la luz y que busca apasionadamente la belleza, más sediento de amor que el de cualquier seglar que nos mira con desdén, no podría resistir una vida que negase todas esas aspiraciones. No, no es todo sufrimiento y negaciones. Dentro del claustro existen alegrías y consuelos íntimos que muchos están incapacitados para imaginar porque hay que vivirlos para conocerlos, para conocer los encantos de la vida de Dios.

Eso es la vida religiosa. Si alguno de vuestros hijos aspira a ella, no se lo estorbéis pensando que es demasiado difícil, pero tampoco queráis que lo sean vuestros hijos sin vocación pensando que es demasiado fácil. Porque para quien no es llamado a ella, la vida religiosa es imposible. No hay que retraer a los hijos de ella porque sean malos, traviesos. Ya se harán buenos. Para ser religioso no es necesario ser santo. El religioso no es ningún ángel. Es de carne, tiene las mismas inclinaciones naturales, porque de entre vosotros salió. El religioso no entra santo en el claustro. Entra allí a santificarse. De ser ya santo no habría por qué entrar en un convento. El religioso es un pecador, como los demás hombres, que aspira a ser santo, que hace de su vida un ejercicio continuo de santificación, un esfuerzo por desligarse más de la tierra para elevarse más fácilmente a Dios.

Repitamos: si uno de los hijos, o de las hijas, se siente inclinado al estado religioso, nadie se lo estorbe, nadie se atraviese en su camino. Los padres deben darle la bendición y que vaya donde Dios le llama. Y si no siente tal inclinación, ojito con obligarle, porque se le hará un desgraciado. Ni siquiera obligarle



a escoger una Orden religiosa determinada, sólo por que agrada más el hábito o uniforme de una más que el de otra. Todas, las órdenes son santas, todas forman el manto riquísimo con que se adorna la Iglesia, esposa inmaculada de Cristo. Déjese al hijo que vaya a la que quiera. Es asunto demasiado serio para que no lo decida él mismo y para que se decida por causas tan baladíes como la forma o el color del hábito.

Digamos lo mismo con relación al estado del matrimonio. Ese proceder de los padres se extiende igualmente a los hijos que desean contraer matrimonio. Y quizá existen aquí más abusos todavía. Porque hay padres que quieren determinar ellos hasta la persona con quien se ha de casar el hijo o la hija, como si fuesen ellos quienes van a casarse y no el hijo. Padres que por razones de sociedad impiden que su hija se case, porque piensan que antes de que su apellido se una al de una familia menos renombrada que la suya, antes de que la hija se case con un pobre o con uno que tendrá muy buenas cualidades pero que no pertenece al rango de ella, antes que rebajar así el apellido y el nombre de la familia, que se quede la hija sin casarse. ¿Con qué derecho? ¿Donde está el amor de los hijos? De modo que por salvar un apellido o una hacienda o un honor egoísta se sacrifica de por vida la felicidad de la hija? Y, ¿no vale esa hija más que el título y que la hacienda y que ese egoísmo? ¿Por qué, pues, se la quiere hacer desgraciada? Porque desgraciada y bien desgraciada se la hace impidiéndola seguir su vocación y teniéndola atenazada por esas razones de sociedad, razones malditas que han hecho desventuradas a tantas pobres hijas. ¡Húndanse todos los títulos, todas



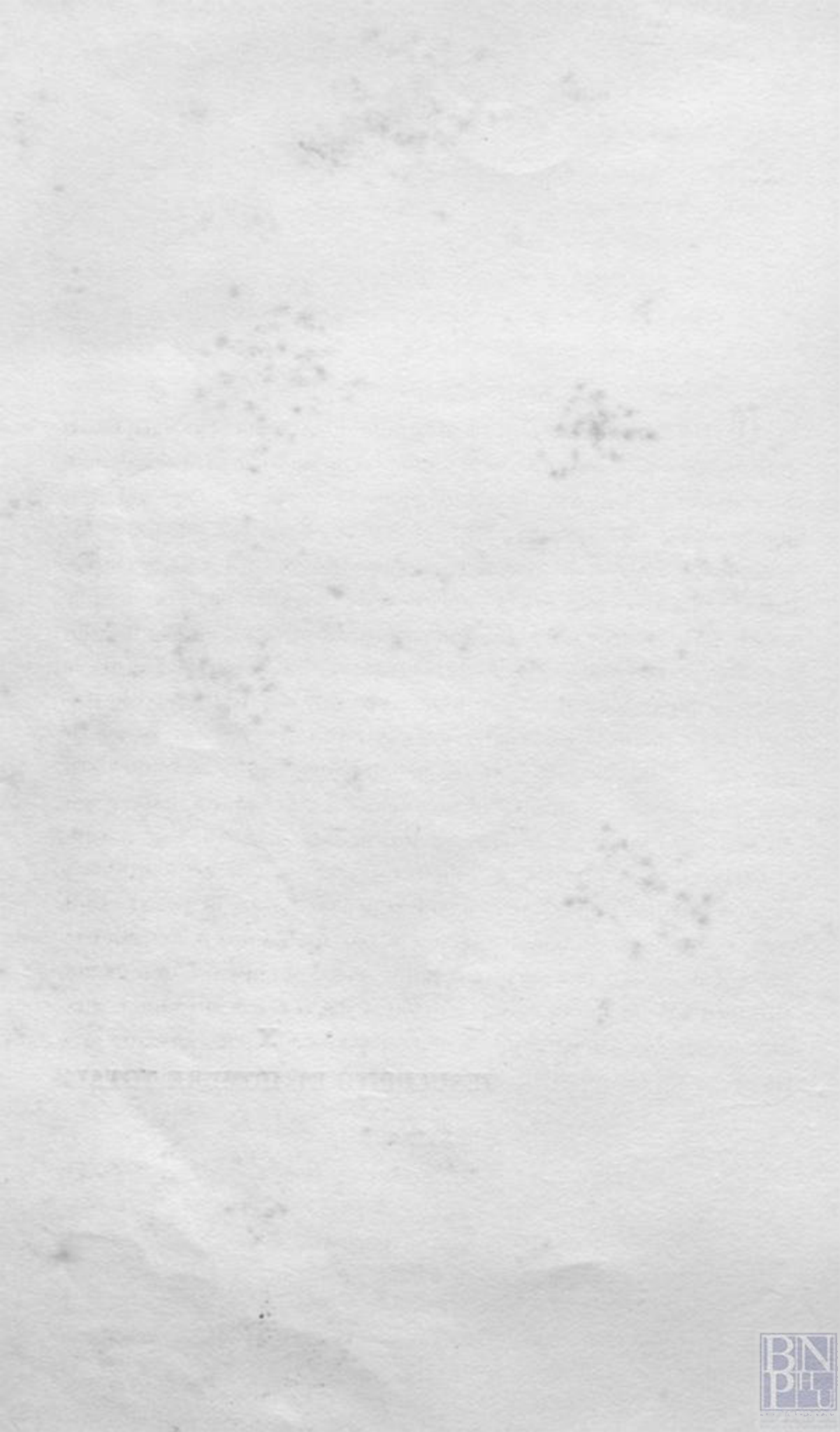
las riquezas y todos los honores antes de hacerle abrazar un estado que no quiere, o de unirla a una persona a quien no ama por muchas conveniencias que puedan seguirse para la familia y aún para la sociedad!

No, ni el padre ni la madre pueden decidir en este punto, y no son ellos los que tienen que decidir porque ellos no van a ser los que tienen que vivir en esa decisión que se trata de escoger. Es el hijo quien va a vivirla, pues que él mismo la determine libremente. Y aunque quieran los padres imponer su autoridad, el hijo no está obligado a obedecer ahí. Y no está obligado a obedecer porque en eso los padres no tienen derecho a mandar. Y como decía San Jerónimo a su discípulo Heliodoro, que, sintiendo inclinación a la vida del desierto, era detenido por las aspiraciones de la familia: “aunque la madre puesta de rodillas ante el hijo le muestre llorando los pechos que le amamantaron, y el padre se tienda en el dintel de la puerta para no dejarle pasar, cierra los oídos a los lloros de tu madre y por encima de tu padre vete adonde Dios te llama”.

No, no pueden impedir los padres a sus hijos que tomen el estado a que se sienten llamados. No pueden más que aconsejarles. Y si ven que su hijo sigue un camino errado y que a pesar de sus consejos y de sus amonestaciones paternas, cegado por la pasión no hace caso, no queda otro remedio y otro consuelo que mientras sus ojos le ven avanzar por sendas extraviadas en dirección a un precipicio, pedir al cielo que se compadezca de él para que el Señor enderece sus pasos.

X

JESUCRISTO EL HOMBRE TOTAL



TIENE que existir un ideal común, ideal que está sobre todos los estados y todos los hombres y que, recogiendo en sí la excelencia de todos los ideales y la realización de todas las aspiraciones, pueda servir de supremo ideal a todos los hombres y a todos los estados de la sociedad, sin distinción de tiempos, de lugares, ni de razas. Un ideal que sea la expresión de todas las perfecciones de todas las criaturas para que todas puedan mirarse en él y tender a él; las perfecciones de las criaturas, desde la perfección de la materia que entra por los sentidos, y sirve de objeto a las potencias inferiores, hasta la perfección del espíritu purísimo que se pierde entre la infinidad de los coros de los ángeles. Sí, tiene que existir ese ideal porque lo pide la inteligencia del hombre que parece que no se contentaría con entidades totalmente espirituales; porque el proceso de la intelección humana comienza por los sentidos y es preciso que exista en el ideal supremo hasta la satisfacción para el hombre de poder percibirle por los sentidos del cuerpo. Tiene que existir ese ideal, porque lo exige el corazón, el corazón, que después de haber recorrido todos los seres y de haber gustado todos los amores quiere encontrarse con otro corazón que sin dejar de ser de carne como el suyo, tenga de sí la virtualidad



y las perfecciones infinitas de la divinidad para que no tenga que salir de allí a buscar nuevos amores,

Ese ideal existe. Ese ideal es Cristo.

Cristo que es el término en que la creación visible se junta con la realidad increada e invisible. Cristo que es el vértice donde se resume todo, porque en él se resume la materia y el espíritu, la inteligencia y el corazón; y sobre esa materia y ese espíritu, sobre esa inteligencia y ese corazón viene a caer para elevarlos y vivificarlos, la personalidad infinita de Dios.

Cristo es el ideal de la perfección de la materia, porque su cuerpo amasado con carne y sangre vírgenes no sólo careció de inclinaciones perversas y estuvo limpio de la baba de la serpiente que aplastó su Madre Inmaculada, sino que hasta perdía su pesadez para andar sobre las aguas del lago de Tiberíades y resplandecía como luz y se tornaba blanco con el albor de la nieve como en el día de la Transfiguración en el monte santo; cuerpo tan bello como describe la esposa del Cantar de los Cantares.

Cristo es el ideal de la perfección del entendimiento porque no sólo penetra en las interioridades del corazón de los hombres y de los ángeles y abarca con su mirada todas las realidades existentes, conociendo la naturaleza y las propiedades de todas las cosas, desde la yedra que se oculta entre las grietas señoriales ruinosas hasta el cedro que se cimbreja majestuoso en las alturas del Líbano, sino que abarca su mirada el porvenir, y, penetrando en el secreto de los acontecimientos del tiempo, y atravesando

la extensión de los siglos, entra viva y llameante en la eternidad. Inteligencia en que se unen la concepción del hombre y la visión de Dios; y de esa visión de Dios y de esa concepción del hombre, surge una llama que se levanta de la tierra hasta el cielo y que ilumina a la vez la limitación del tiempo y del espacio, la infinidad de las eternidades; porque no sólo “ilumina a todo hombre que viene a este mundo”, sino que hasta los ángeles ven a través de esa luz y viven al calor del fuego de esta llama que reverbera en las inmensidades de la gloria.

Cristo es el ideal de la perfección del corazón, que sigue a la perfección de la inteligencia, porque el amor abarca todo lo que ilumina el entendimiento, y como el entendimiento de Cristo lo ilumina todo, el pasado, el presente y el porvenir, a todo eso se extiende el amor del corazón de Cristo: amor universal que como oleada infinita de calor se difunde por todas las latitudes y por todos los tiempos para envolver a todos los seres y hacerles gustar las dulzuras de la caridad de Dios: amor efectivo, que no se contenta con bendecir a los hombres desde las alturas de la gloria, sino que desciende a la tierra para acercarse a ellos y llorar con ellos, y después de haberles comunicado las luces del reino de Dios y de haber comido con los pecadores y de haber conversado con los pobres, como queriendo librar a la humanidad de todos los infortunios, carga con la Cruz y sube sangrante hasta la cumbre del Gólgota para que allí, puesto entre el cielo y la tierra, le vean a la vez los que están en el cielo y los que están en la tierra, dejando que le abran el corazón para que a través de esa

abertura puedan ver todas las criaturas la inmensidad de su amor, de su caridad infinita de hombre y Dios.

Sí, Cristo es el ideal de toda criatura: el ideal de los que vivieron en la tierra antes que El, que le veían en visiones proféticas y al cual dirigían su vista como a una esperanza de redención que había de levantarse del pueblo de Israel; e ideal de cuantos hemos venido después, que tenemos que volver la cabeza para verle surgir allá en la plenitud de los tiempos, como el compendio de todas las hermosuras de la tierra y de todos los resplandores y magnificencias de los cielos.

Y porque Cristo es el ideal del hombre vemos que a medida que los hombres se van acercando a El, van dignificándose, van adquiriendo un reflejo de sus propiedades y de sus perfecciones, hombres que saben desprenderse de los egoísmos de las pasiones y que después de haber realizado en sí mismos, en su cuerpo y en su alma, la imitación de la personalidad de Cristo, saben sacrificarse, como El, por los hombres, hasta llegar a las mismas cumbres del heroísmo. Nunca, nunca le han faltado a Cristo inteligencias que quieren ilustrarse con los resplandores de la suya, ni corazones que quieren encenderse en la llama del suyo, ni cuerpos que aspiren a reproducir en su carne las llagas benditas de la crucifixión del Redentor. Y el día que falten esos adoradores de Cristo, el día que no haya más santos sobre la tierra, ese día y ese momento será el último día y el último momento de los siglos, porque es que estará ya colmado el número de los predestinados que han de glorificar a Cristo en la eternidad.

Pero Cristo no es sólo el ideal de los individuos: lo es también de los pueblos y de las sociedades.

Colocado en medio de la historia de la humanidad, la figura de Cristo se levanta como sirviendo de clave a la historia de todos los pueblos y de todas las razas. Clave de los pueblos que le precedieron, porque si va corriéndose su historia, se verá que parece que son guiados por una mano oculta que señala con el dedo el camino que han de seguir para dar cumplimiento a las profecías y preparar la venida del Redentor, y se verá también que, a medida que esos pueblos van cumpliendo esa misión, van desapareciendo mientras queda en pie un pueblo pequeño que será dominado por otros más poderosos pero que cuando parece que va a desaparecer, absorbido por imperios infinitamente más grandes, aparecerá la mano misteriosa que escribirá en la pared del festín imperial la sentencia de condenación contra el pueblo opresor para que no desaparezca el oprimido; y es que ese pequeño pueblo tiene que llenar una misión, la misión del nacimiento de Cristo, y se verá que así que realiza esa misión; que era toda la razón de su existencia, ese pueblo desaparece porque ha hecho todo lo que tenía que hacer en la historia de la humanidad. Cristo es la clave de los pueblos que le precedieron.

Pero Cristo es además clave de los pueblos que han venido después. Por eso vemos que desde el momento en que Cristo subió a la Cruz, parece que se estremecieron todas las fuerzas de la tierra, desde las fragmentarias de Judea hasta la excelsa potestad del Imperio Romano que se extendía por todo el mundo cono-

cido, y se entabla la lucha entre el Cristo muerto en la Cruz, pero viviente en los cielos, y los emperadores de Roma; lucha que no está entablada precisamente entre las personas sino entre las obras: entre la obra de Cristo, que es la Iglesia, y la obra de los césares, que es el imperio romano, y se verá que si se establece la incompatibilidad entre la Iglesia y el imperio, triunfa la Iglesia y se derriba el imperio.

Y esa será la suerte de todos los pueblos y de todas las potestades que se agrandan conforme van acercándose a Cristo, a Cristo para adorarlo, y se envilecen y desaparecen de la historia cuando se alejan de Cristo después de haberle insultado y escupido en el pretorio.

Pero, dejemos otros pueblos y fijémonos en los pueblos hispánicos cuya historia nos es más familiar. ¿Qué se ve en ellos?

Vemos cómo los días de la gloria, aquellos días en que lo hispánico, siendo poca la tierra de la península Ibérica para la sublimidad de las energías y de los heroísmos de la raza, se extendía a todos los continentes que visita el sol; se ve cómo esos días en que la bandera de la unidad católica ondeaba lo mismo en los castillos de Flandes que en las risueñas campiñas de Italia que en la inmensidad de las sabanas de América, y que ese imperio dictaba leyes a todos los hombres y fulguraba en las alturas de la teología y de la Metafísica, se ve, repetimos, que esos días de gloria de nuestra estirpe son los días en que Cristo parece que estaba

identificado con el alma de nuestra alma, cuando Felipe II esperaba a que se cerrase el Concilio de Trento para hacer de sus decisiones leyes de la comunidad hispánica, cuando si se ganaba una batalla en vez de levantarse un arco de triunfo o un teatro, se levantaba una basílica como la eterna maravilla del Escorial.

Pero a medida que el amor de Cristo fué apagándose, a medida que fueron creándose incompatibilidades entre las aspiraciones hispánicas y las aspiraciones de la Iglesia de Cristo, comienza a declinar nuestra gloria que va recogiénose con la bandera que deja jirones de fama y de poder hasta llegar el momento presente en que, divorciados algunos de nuestros países de la Iglesia, como ya no tienen fisonomía peculiar, comienzan a sentir el malestar de infecciosas conmociones de otros pueblos apóstatas.

A medida que lo hispánico se ha alejado de Cristo ha ido cayendo su robustez y su gloria. Ahora que se ha arrojado a Dios de tantos Estados y se le quiere arrojar del matrimonio y del hogar por el divorcio; ahora que se ha arrancado el crucifijo de tantas escuelas y de tantas alcobas porque se quiere que desaparezca del alma de los niños, ¿no es evidente que hemos llegado a momentos de derrumbe y de desaparición? Y pereceremos como otros pueblos, pereceremos como grandeza histórica desde el momento que se han establecido incompatibilidades entre la Iglesia de Cristo y el Estado, pereceremos como perecieron otros imperios y otras minorías, absorbidos por poderes extraños; pereceremos como todos los pueblos que perdieron la clave y la orientación del alma de sus individuos que es Cristo.

Pero no; esperemos que no pereceremos, porque esa mujer ideal que va junto al Cristo, la Virgen María, vela desde el Pilar y desde Guadalupe, y cuando vea que sus pueblos van a perecer, cuando sus perseguidores hayan entrado en el mar rojo de nuestras sociedades aturcidas, anémicas o atemorizadas, extenderá la vara de su cetro como Moisés y perecerán todos los perseguidores ahogados en las mismas energías que torcieron.

Hay que merecer la protección de esa gran mujer, porque si los pueblos no gozan otra dicha que la que merecen, es que los pueblos de estirpe hispánica han merecido lo que sufren por su independencia religiosa y cultural; y si queremos que se acerquen de nuevo días de paz y de gloria en vez de los días de la aniquilación y de la muerte, en que todos vivamos unidos como hermanos congregados alrededor de la Cruz de Cristo, es preciso ganarlo con nuestras convicciones y con nuestra lucha. O triunfan Cristo y su Iglesia en nuestra victoria, o nuestra victoria no existe. Este es el dilema.

I N D I C E

	Pág.
<i>Matrimonio</i>	9
I Elección de Estado	16
II Matrimonio	29
III Familia Cristiana	41
IV Responsabilidad	51
V Educación física y educación intelectual	61
VI Educación moral	71
VII Valor educativo de la doctrina católica	81
VIII Consecuencias de la educación	91
IX La colocación de los hijos	103
X Jesucristo el hombre total	115

TABLE OF CONTENTS

1	Introduction
2	Chapter 1: The History of the Book
3	Chapter 2: The Structure of the Book
4	Chapter 3: The Language of the Book
5	Chapter 4: The Style of the Book
6	Chapter 5: The Content of the Book
7	Chapter 6: The Reception of the Book
8	Chapter 7: The Legacy of the Book
9	Chapter 8: The Future of the Book
10	Conclusion

Esta edición de "Matrimonio", volumen III de la Colección "Arquero", se acabó de imprimir en los Talleres del Ejército, en Ciudad Trujillo, el día 15 de Agosto de 1957, festividad de la Asunción de la Virgen María a los cielos.



The rights in this work are reserved by the author. All rights reserved. This work is published by the University of Chicago Press. The University of Chicago Press is not responsible for any errors or for any consequences arising from the use of the information contained in this work. The appearance of a code on the page indicates that the work is registered with the Copyright Clearance Center, Inc., 222 Rosewood Drive, Danvers, MA 01923. For all other use, permission should be sought from the Cambridge or New York offices of the Cambridge University Press. This work is published in the United States of America by the Cambridge University Press, 32 Avenue of the Americas, New York, NY 10013-2473. This work is published in the United Kingdom by the Cambridge University Press, The Edinburgh Building, Shaftesbury Road, Cambridge CB2 2RU, and in the rest of the world by the Cambridge University Press, The Edinburgh Building, Shaftesbury Road, Cambridge CB2 2RU, and in the rest of the world by the Cambridge University Press, The Edinburgh Building, Shaftesbury Road, Cambridge CB2 2RU.

BNPHU



26769-10